

ESTUDIOS



LA FORTUNA Y EL AMOR, por Baudry

Museo de Luxemburgo

MAYO DE 1929

50 céntimos

Libros que pueden adquirirse por nuestro conducto

(Obras selectamente escogidas por su utilidad y su valor educativo)

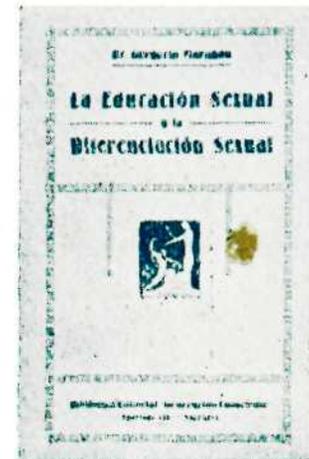
Pílasenos nuestro catálogo general, que remitiremos gratis



La Muñeca, por F. Caro Crespo. —Drama moderno de enorme pasión e interés, en tres actos.—Es en esta obra en la que se advierten los progresos que su malogrado autor había llegado a adquirir en la técnica teatral y en el valor literario.—Forma un elegante tomo de más de 100 páginas.—Precio, 1'50 ptas.



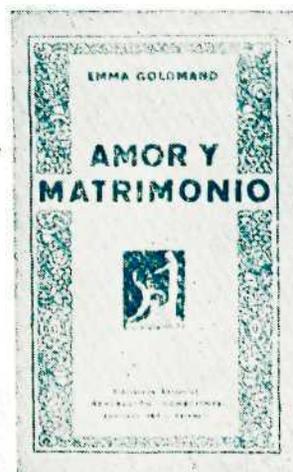
El veneno maldito, por el Dr. F. Elosu.—La mejor y más contundente obra escrita contra el alcohol, contra el abominable narcótico de la civilización y el progreso. El dar a conocer este utilísimo librito es hacer un bien a la especie humana; es combatir eficazmente al más horrible de los vicios.—Precio, 1 pta.



La educación sexual y la diferenciación sexual, por el Dr. Gregorio Marañón.—Sensacional estudio que descubre la magnitud de uno de los más trascendentales problemas de orden biológico. El merecido prestigio científico de su autor es garantía de la utilidad y el valor indiscutible de este librito.—Precio, 0'50 pesetas.



Embriología, por el Dr. Isaac Puente.—Es un libro de divulgación y de estudio; es un libro útil, trascendental, importantísimo. Todos debieran conocer estas enseñanzas que el Dr. Puente expone en su valiosa obra como una ofrenda a la cultura del pueblo, dedicándolas a la juventud estudiosa que aspira a un mañana mejor. Recomendamos la lectura de este hermoso libro a todos los jóvenes para que se capaciten y se eduquen; a todos los hombres amantes de la educación. Forma un elegante volumen impreso en papel pluma, con dos láminas explicativas tiradas a dos tintas, y con una preciosa portada de Shum a cuatro tintas, 3'50 ptas.; lujosamente encuadernado en tela y oro, 5.



Amor y matrimonio, por Emma Goldman.—Este librito es un grito de sinceridad nacido del corazón de una mujer que antepone la honradez y la nobleza de sus sentimientos a toda otra conveniencia hipócrita. La pluma fácil de esta eximia escritora ha sabido desentrañar admirablemente en estas páginas todo lo absurdo y trivial de la educación de la mujer y lo falso de su concepto moral de la vida, mostrando a la vez su alma femenina limpia y pura, su espíritu abnegado y decidido y, sin embargo, tan candoroso y sensible. Es un excelente trabajo que deberían leer todas las mujeres.—Precio, 0'50 ptas.



El A. B. C. de la Puericultura Moderna, por el Dr. Marcel Prunier.—El Dr. Marcel Prunier viene a prestar un inmenso beneficio a la humanidad, a la vez que realiza uno de los más hermosos servicios a la especie humana. Cuando se reflexiona sobre las aterradoras cifras de la mortalidad infantil, en gran parte debida a la carencia y al desconocimiento de los cuidados precisos, se comprende cuán útil e indispensable es este libro en todos los hogares.—Precio, 1 peseta.

“Shum”, hombre preso y artista aherrojado



Por un artículo de Julián Zugazagoitia en *El Liberal*, de Bilbao, he sabido que se trata de pedir de nuevo el indulto de Juan Bautista, este pintor y dibujante original, que se ha formado solo, espontáneamente. Las líneas ágiles, correctas y delicadas de sus dibujos, no han perdido soltura y limpieza a pesar de la mutilación de sus manos deformadas por amplias cicatrices, con retracciones fibrosas, impropias de nuestros adelantos en el tratamiento de heridas y quemaduras. Ellas dan razón a sus lamentaciones por el proceder que con él siguieron en el Hospital de Barcelona los estudiantes y médicos que le hacían las torturantes curas. Hoy (1) puede y debe evitarse la adherencia de los apósitos a las llagas, que es la causa primordial de que se aviven, eternicen y produzcan cicatrices deformantes.

Shum es una prueba de la realidad de ese arte proletario que Henri Barbusse quiso poner de relieve en una resonante encuesta que llevó a cabo en su notable revista *Monde*. Es un artista identificado con la causa del proletariado, a la que dedica su arte y en la que enciende su inspiración, su humorismo fino, elegante, dulcísimo por su excesiva condena. Estamos conformes en que el arte es universal, y en lo artificioso de muchas imputaciones o catalogaciones. Pero el sentimiento de un ideal profesado con apasionamiento, con calor hondo y cordial, al que se ha ofrendado la vida y por el que se padece, no puede menos

de trascender sobre la inspiración, de resonar también en lo inconsciente, y hasta de dar una modalidad y una pujanza particular a la modulación artística. Y más aun, si este ideal tiene la virtud de reunir los últimos destellos de religiosidad, de una época llena de hipocresías, de convencionalismos y de arrivismos a toda costa.

Conozco algo del cautiverio de Shum. Me honro con su amistad, le he visitado en el Dueso, y he escuchado de él algunas confidencias. Conozco su sensibilidad para el dolor y las múltiples facetas del que sufre en el presidio. El apartamiento de los suyos, el alejamiento de la sociedad, verse obligado a despersonalizarse, a deformarse, el ambiente rígido del penal, el ver contenida su inspiración, cortadas las alas, obstaculizadas todas sus posibilidades. Claro que puede trabajar, que tiene materiales, tiempo y sitio propicio. Pero tiene el ánimo abatido, le faltan estímulos. Tiene insatisfecha la necesidad de relacionarse con editoriales, con empresas artísticas, de recibir revistas y publicaciones en las que colabora, de ver publicados sus trabajos.

La maquinaria penal, un modelo de organización, muy al día, ha cogido entre sus engranajes a un hombre escogido, porque lleva en sí un don que a muy pocos les está reservado, y no teniendo en cuenta su sensibilidad especial, ni las necesidades que comporta su dedicación artística, lo ha triturado con la impasibilidad que da el hábito, con la inmutabilidad de un mecanismo. Hacer sentir su peso sobre un zafio criminal, baldón o escoria humana, o malograr

(1) Quiero decir después de la guerra.

una existencia provechosa, de un raro interés para la humanidad, ¡qué más da! El régimen penitenciario no distingue estas sutilezas.

Condenado a muerte por un delito político-social, le fué conmutada la pena por cadena perpetua, después de pasar por largos días de incertidumbre, bastantes a aniquilar una razón. En su condena existen anomalías jurídicas tan propias de aquel estado de cosas que se vivía en Barcelona, como su misma delincuencia. Parece ser que su abogado trabaja por esclarecerlos y la esperanza de una revisión es la que alienta a Juan Bautista, haciéndole confiar en una liberación menos lejana que la que le promete su condena.

El presidio, pese a su actual humanización, es aún, y sobre todo para quien tiene una dignidad o personalidad cultivadas, un torturante suplicio capaz de trastornar los cerebros más equilibrados. Basta por sí solo para originar una locura, hasta en ausencia de toda predisposición. Como hemos dicho en otra parte, hay

presidarios que se encuentran en el penal como el pez en el agua; hay individuos que se amoldan a todo. Pero a los de derecho común se les trata además con menos rigor que a los político-sociales. Hoy, por ejemplo, está prohibido leer periódicos. Y para Shum, privarle de las revistas en que colabora, es tanto como podarle de estímulos, como descorazonarle.

Delincuente circunstancial por exceso de sensibilidad, condenado en momentos en los que la ecuanimidad no era la cualidad más relevante, y con un castigo que le afecta doblemente, que puede malograrlo como hombre y como artista, creemos de justicia solicitar su indulto o la revisión de su causa.

Por ello, unimos nuestra voz a la de quienes recogen firmas para solicitar clemencia de los Poderes. Y si esto fuera pedir demasiado, ¿no podrían dulcificarse, en bien de sus posibilidades artísticas, los rigores del reglamento penal?

ISAAC PUENTE



EL VALOR



Es el valor algo estimado por los pobres de espíritu, que ven en él algo inaccesible a su poquedad de ánimo.

Siempre se dedicó a esta cualidad las alabanzas que poetas y prosistas encontraron dignas de condición tan excelente; pero resulta con esta virtud como con otras muchas, y es que su comprensión y aplicación es tan elástica, que lo que para unos es acto de cobardía, es para otros signo de grandeza, y viceversa.

La historia de muchos héroes está escrita con sangre y lágrimas, y la vida de muchos seres anónimos, que lucharon frente a la vida con verdadero valor, también está trazada con lágrimas y sangre, con la única diferencia que éstos las derramaron ellos y los primeros las hicieron derramar a los demás.

El valor, como la justicia, lo bueno, y otras muchas cosas que la humanidad ha ido inventando a medida que ha ido creciendo en la familia zoológica, y ha descendido en una vida

de relación antinatural, tiene para unos un significado y para otros otro, contribuyendo no poco a estos diversos pareceres los hombres de letras que dedicaron su talento a ensalzar proezas y valentías, desdeñando realidades sencillas y verdaderas, que en la vida práctica son de incalculable valor, si se quiere conservar la buena armonía que debe reinar entre los humanos.

Esto y otras circunstancias han creado un afán de sobresalir y una vergüenza al juicio ajeno, que hace que se tenga del valor un juicio equivocado y que muchas veces obren algunos en contra de sus deseos, ya por vanidad, ya por miedo a pasar por cobardes.

Parece absurdo que por miedo muchos realicen un acto de los llamados valerosos, y, sin embargo, nada hay más cierto; el miedo al valor del contrario es la mayoría de las veces lo que arrastra, individual y colectivamente, a demostrar un valor que es ficticio en ambos, y que

sin el prejuicio de la opinión de los demás y sin el miedo al contrario, quedaría instantáneamente desvanecido.

Probado ha quedado que los *valientes*, que afortunadamente van desapareciendo, hacían y sostenían un papel de guapos a expensas del miedo de sus convecinos, y que en cuanto un hombre, sereno y decidido, les demostraba que no tenía miedo a sus bravuconadas, quedaban hechos unos peleles, sin arrestos para defenderse.

Trigo delineó, de mano maestra, el valor de un pusilánime que servía de hazmerreír a toda una redacción, y que de la tarde a la mañana se convirtió en un valiente, por haberle desengañado el médico de que padecía una enfermedad incurable.

Convencido de morir a plazo breve, tanto se le dió sucumbir del hígado como de una bala; mas una vez alcanzada la popularidad y curado de la enfermedad, su vida estaba turbada por el miedo de que otro incurable le arrebatase la fama que a caso tan fortuito debía.

Por eso el valor se demuestra generalmente con los inferiores, y pocas veces se desafía serenamente y sin humillaciones la cólera de los superiores, confirmando el refrán de que "el pez gordo se come al pequeño", y esta cualidad no es desconocida de nuestros hermanos inferiores en la escala zoológica, aunque también se podrían citar ejemplos de protección a la debilidad, dejando aparte la ley de la maternidad, que, como es sabido, es practicada en las escalas más inferiores de una manera admirable.

El cangrejo paguro, que habita en el Adriático, el Mediterráneo y el mar del Norte, es tan voraz que no respeta ni a los de su especie, desmintiendo aquel refrán de que: "Entre lobos no se muerden". Refiere Fredol que una vez un sabio naturalista puso en un acuario seis cangrejos paguros de diferentes tamaños; uno de ellos se aventuró hasta el centro, y fué pronto alcanzado por otro mayor, que, cogiéndole con sus pinzas, púsose a romper su caparazón, con objeto de abrirse camino hasta su carne; pero mientras él efectuaba esta operación, otro compañero más fuerte avanzaba hacia él, y cogiéndole exactamente de la misma manera, lo devoró con ferocidad. A la mañana

siguiente, sólo quedaban en el acuario dos cangrejos, los más grandes y robustos, que, colocados cada uno en un ángulo, se miraban con ira y con desconfianza.

En estos dos crustáceos, el miedo al saber las buenas disposiciones de su contrario para la lucha, anulaba el valor que habían sentido para atacar a sus inferiores, de donde se saca la consecuencia de que el valor pendenciero se aumenta en proporción directa a las probabilidades de victoria, y a veces es también una lucha desesperada de defensa ante el temor de ser arrollados por el contrario.

Mas existe un valor de real y positivo mérito, que consiste en vencer, con tesón y conciencia, las adversidades, luchando por mejorar las condiciones de vida favorables para toda una especie, y este valor anónimo, y que pocas veces da honra y provecho a quien lo posee, es el que transforma en útil todo cuanto sale de la mano del hombre.

El valor, como dijo Dicenta, no se demuestra con la pendencia ni la navaja en la mano, sino con el libro y el arado, que es la inteligencia y el trabajo fecundo, luchando, hora tras hora, contra todo lo que se opone al libre desenvolvimiento de la especie humana.

El valor no destruye, rehace, y el ser humano nunca demuestra mejor su valor que cuando acepta serenamente la consecuencia de sus actos, siempre que éstos sean la ecuánime manifestación de una voluntad ejercitada en la conquista del bien y la libertad.

Lo demás es fanfarronería y el manto con que se cubren los ambiciosos para medrar a costa de los débiles.

ANTONIA MAYMÓN



ENTRE REJAS

por Ramón Magre

Pronto aparecerá, editado por Editorial «Vértice», de Barcelona, este hermoso libro cuyo original hemos tenido ocasión de leer, y estamos seguros de que el público lector lo acogerá con gran simpatía, pues en él se revela su joven autor como un maestro en la narración y en el estilo impecables.

Advertimos a los colaboradores espontáneos, que no se devuelven los originales, publíquense o no, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.


Autores y libros









PANAIT ISTRATI

La gran sorpresa literaria de estos últimos tiempos la constituye Panait Istrati, el extraordinario narrador rumano.

Nuestra curiosidad por todo acento nuevo le ha visto llegar cargado de presentes imponderables. Sus narraciones, densas de pasión, de ímpetu, de fuerza y de ternura, maravillan. Circula por ellas la vida, fragorosa, de la mano del arte; un arte novísimo, rico en matices. Leerle es un goce inédito. Los parecidos que se le han supuesto con otros escritores no son completamente certeros. Acaso sea justo decir que se asemeja de modo señalado a Gorki. Pero no ciertamente al Gorki actual, amanerado como los más amanerados escritores del siglo XIX. En todo caso, al Gorki primerizo, espontáneo y un poco primitivo, con esa primitividad que infunde a toda creación encanto perduradero. De todos modos, el parecido no pasa de lo aparente. En Gorki, aun en el primerizo, predomina siempre la tiniebla; en Istrati, al contrario, la luz. Se esfuma toda semejanza ante tan absoluta diferencia esencial.

No importa que las gentes que desfilan por las obras de uno y otro tengan modos de vivir idénticos. Están vistas de manera distinta. Muy originalmente por el Gorki espontáneo de los primeros tiempos; con diversa originalidad, no menos rotunda, por el escritor rumano.

Hecho un análisis minucioso, se vería igualmente cuán lejos se halla Istrati de los otros dos escritores con quienes se le empareja. Jack London es más ingenuo. José Conrad más complicado. Una misma fuerza palpita en los libros de todos ellos, plena de encanto primigenio. Pero la vida de cada uno, hija de distinto ambiente, ha dado a esa fuerza formas en todos conceptos desemejantes. Parecido, en último extremo, aparente. En lo íntimo, diferencias radicales, toda vez que una origi-

nalidad inconfundible surge en sus obras por modo avasallador.

Intentemos una lectura detenida de cuatro libros característicos de estos cuatro autores. En seguida se nos mostrará, en la extrema linde, cuán diversos son los senderos que recorren, qué manera tan extraña tienen entre sí de ver las cosas, los hombres, los paisajes, la hondura de abismo que es la psicología de cada criatura. Sean estos libros *Los ex hombres*, de Gorki; *El negro del Narciso*, de Conrad; *Colmillo blanco*, de London; *Presentation des Haidoues*, de Istrati. Son característicos. Prevalen en ellos las fuerzas elementales. ¡Cuán distintos, sin embargo!

Gorki, eslavo, estudiando almas eslavas nos da de ellas, al parecer, cabal reflejo. Un ex hombre de nuestras latitudes es incapaz de todo, así del bien como del mal. Un ex hombre eslavo, tal como Gorki lo describe, aun es capaz del crimen. ¡No nos fiemos demasiado de estos ex hombres!

Conrad, andariego impenitente, como ha visto más gentes y tratado criaturas de toda índole y naturaleza, no es solamente más complicado, sino también más contradictorio. Y esta es su grandeza. Una lógica igual, ante tan diversas pasiones humanas como ha observado en lucha y combate perenne, sería falsa.

London posee mayor abundancia de ingenuidad que todos. Vivió mucho en plena naturaleza. Sus criaturas, sencillas hasta en la maldad, tienen una transparencia luminosa. Con una mirada inquisitiva descubrimos todo lo que hay dentro de ellas.

Istrati, que ha recorrido los países viejos del Oriente cercano, que ha tratado hombres, en muchedumbre, de esos países, diferentes en todo a los que conocemos, nos da de ellos una visión nueva, recién nacida, tumultuosa y admirable. Son hombres, como los presentados por los otros tres autores, primitivos en

cierto modo, pero, como hijos de otro ambiente, como desarrollados en otro medio y circunstancias, como herederos, además, de un pasado distinto, viven en las páginas de sus libros una vida insólita para nosotros, atractiva, atravesada de continuo por una luz que pone en todo matices sorprendentes, de pasión, de fervor, de impetuosa y encendida emoción.

La psicología de los ex hombres gorkianos, de los marineros del Narciso, de los hombres de quienes huye «Colmillo blanco» y de los Haidoues es, como elemental, parecida. Ahondando en su más recatada profundidad, empiezan a surgir las diferencias, las radicales desemejanzas. Los une, en apariencia, su común primitividad. Los separa, en la realidad auténtica, el modo de reaccionar, contrario, diverso, en todo lo que es esencial, primordial.

En cuanto al arte de estos cuatro autores, también es distinto. Espontáneo en todos, ingenuo, descuidado al parecer, pero trabajado con pasión, hasta extraer de las palabras su más rica virtud, tiene la semejanza exterior fácilmente confundible, mas también el ritmo íntimo que lo aleja por caminos personales, originales, hasta tal punto, que, sin paradoja, llega a descubrirse que nada hay menos igual en cuanto se ha escrito en los últimos tiempos.

En este terreno, Istrati ha traído al caudal literario un tesoro magnífico de imágenes recién creadas, de luminosidad en la expresión, de brillo prístino en el párrafo corto y certero. Podían no decir nada sus narraciones acerca de los hombres. Pasarían igualmente a la posteridad por la extraordinaria riqueza de su arte expresivo. Como, además de éste, lo que atañe a los hombres no ha sido olvidado, antes bien es lo primero que preocupa al autor, tienen asegurada doble resonancia en lo futuro, de la que ya ahora han empezado a gozar con sobrada justicia: una por el arte puro, presente y logrado en todo momento; otra por su densa humanidad, palpitante y estremecida. No hay muchos escritores en nuestros días que infundan tanto calor humano a sus relatos. Un vigor, un ímpetu, una fuerza primigenios, circulan por estas páginas encendidas de pasión por todo lo que los hombres son

y representan, henchidas de comprensión para sus supuestos defectos y virtudes que, en la extrema hondura del análisis, no son tales, sino, sencillamente, cualidades humanas, nada más y nada menos que humanas. La maldad y la bondad se ayuntan y conviven en una misma alma, sin que por ello esta alma sea defectuosa. ¿Por qué había de serlo? Una literatura anodina ha infectado el ambiente con creencias superficiales sobre el particular. Libros como los de Istrati vienen a acabar con esa falsedad. El hombre entero y verdadero no es malo ni bueno, sino ambas cosas a un mismo tiempo, según sean los impulsos que le obliguen a obrar. Puede una acción humana producir bien en un dado caso, y mal en otro. La acción, sin embargo, es la misma. Puede la misma acción en otras circunstancias producir mal y bien conjuntamente. Istrati ha visto a los hombres así, que es como son, y así nos los presenta, con un arte singular y maravilloso. De aquí lo agridulce que son sus narraciones, como todo buen fruto.

Istrati es un primitivo, sabio en todas las experiencias acumuladas por los siglos. Con el encanto, además, de que esta sabiduría es inconsciente. Por ser inconsciente es, como todo lo inconsciente, confusa y enorme. Pero la enormidad y la confusión, atravesadas por la luz oriental que guarda Istrati en su retina, se aclaran y nos muestran sinnúmero de horizontes poco frecuentados por nuestra mirada. Su pensamiento, agilísimo, siempre vigilante, ahonda en todo, hombres, cosas y paisajes, pasiones, impulsos y tendencias instintivas, hasta extraer de ello su significación más profunda y su luz más pura.

Los lectores de lengua castellana pueden saborear ya la belleza y la grandeza impetuosa de algunas narraciones de Istrati, que se debían haber recibido con alborozo. No son muy frecuentes los libros de tan alta valía. La emoción estremecida y fervorosa que en ellos palpita, su arte logrado y certero, la fuerza primitiva y magnífica que atraviesa sus páginas todas, son valores que merecen recibimiento y acogida, no sólo alborozada, sino apasionada.

DIONYSIOS



GACETILLA



Todos los hombres que no tienen nada que decir propio, personal, parido por su pensamiento con dolor y angustia, que luego se tornan placer y alegría ante el fruto logrado, se dedican a la erudición, es decir, a hacer indigestos los pensamientos ajenos, a empañar su clara virtud con notas y comentarios ayunos de valores de calidad, como hijos de cerebros infecundos.

Los textos de Shakespeare, en Inglaterra; de Goethe, en Alemania; de Rabelais, en Francia; de Dante, en Italia; de Cervantes, en España, están manchados por la prosa muerta de muchedumbre de eruditos, de hombres que jamás experimentaron el goce de crear ni la sombra de una idea.

Dicen que estos comentaristas son muy útiles a la república de las letras. Se les llama pacientes trabajadores y otras cosas semejantes. Dudo de que se haya probado la utilidad auténtica de este trabajo pacienzudo. Lo contrario estaría más cerca de la verdad. El erudito es una planta parásita, que vive de ajena vitalidad. La sola existencia de la planta parásita, es ya perjudicial. Mucho más cuando envuelve y casi sepulta a la planta de que vive con su vegetación exuberante, y sabido es cuán fácilmente crece y se desarrolla todo lo parasitario. La encina es recia. La hierba que nace alrededor de ella logra a veces cubrirla, ocultarla, incluso dar la sensación de que la encina no existe. Los dos volúmenes del Quijote han dado materia a algún erudito, no para otros dos: para cinco. Y es posible que aun estos cinco se dupliquen.

Ningún gran hombre escapa a esta plaga. Cuanto mayor sea el ímpetu con que se lance a crear, más propicio es para alimentar esa especie de gusanos que son los eruditos. Podría citar ejemplos típicos de encinas que han sido cubiertas por la frondosidad pomposa, sin huesos ni nervios, de la prosa de los parásitos. Cada día sucede con más frecuencia este infausto acontecimiento. Muchos grandes es-

critores contemporáneos están amenazados de ese castigo. Su claridad quedará así empañada para siempre. Los lectores futuros se verán privados de admirar su limpidez, pues es indudable que, como ha sucedido con el Quijote, se harán ediciones en las que consten, en su lugar adecuado o inadecuado—esto no importa—, los comentarios eruditos. El texto original, bullidor como el agua de una fuente, y como ésta cristalino, cargado con tales comentarios se tornará indigesto, tanto más cuanto también la clara exposición del pensamiento estará ya mezclada con el fango nauseabundo de las notas sin vida.

Todo esto, sin embargo, tiene remedio. Queda el recurso de buscar las ediciones puras, aquellas en las que todavía no se ha cebado el parásito. Aun hay editores que publican el Quijote sólo con el texto cervantino. También habrá mañana quien, incluso en el bosque tupido de erudición que envuelva a un autor de hoy, a una encina, sabrá buscarla y mostrarla tal como sea, con su propio tronco y ramas y haciendo caso omiso de la hierba nacida en torno.

El perjuicio evidente del erudito, en este aspecto, puede ser siempre evitado. Lo que no se evitará jamás es otro perjuicio mayor que trae aparejado esa profesión, o lo que sea: la psicología detectivesca. El erudito, en efecto, no es más que esto: un detective que ha interpretado mal sus cualidades. Esa busca y rebusca del dato, pasa de los textos célebres a la vida cotidiana. Hasta en las conversaciones de los amigos y en las cartas, encuentra el erudito materia para sus instintos de sabueso. Cita una frase de la charla o de la carta, con exactitud pasmosa, y ve siempre detrás de ella una significación oculta. Una ironía baladí del diálogo o del manuscrito, toma a sus ojos caracteres imponentes. Y es capaz de escribir, alrededor de aquella frase o de esta ironía, centenares de cuartillas, siguiendo su proceso como un paciente trabajador. Hay que advertir a la

humanidad entera del probable misterio, y siempre existe alguna publicación beocia en donde poder dar cuenta de las investigaciones detectivescas, con las que los lectores poco preparados se entontecen. Muchos de éstos, rontos ya, sin posible remedio, abren la boca y exclaman: «esto es sabiduría». El gusano, al oír esa exclamación, se hincha. ¿Para qué esforzarse en parir, en crear, si la fama se consigue viviendo de lo que otros han parido o creado, y hasta comentando frases e ironías sin mayor trascendencia?

El detective que todo erudito lleva dentro, se vanagloria con poca cosa. Al detective normal le basta para su satisfacción, con descubrir, por ejemplo, la hora exacta en que un gran criminal convidó a cenar a una prostituta: es un dato definitivo. El erudito, detective frustrado, tiene suficiente para su contento con mucho menos: con desentrañar, de una carta, de un documento cualquiera, que el grande hombre en que se ceba tenía una nube en un ojo.

* * *

Confieso, para mi vergüenza, que he leído estos días un novelón de Paul Bourget, autor que rechazé hace ya mucho tiempo. Sólo tengo una disculpa: no había a mi alcance ninguna otra cosa que leer.

Me apresuro a decir que no había influido nada en mi ánimo para rechazar a este buen señor, su catolicismo, con todo y ser éste cerrado y limitado. Católico es Chesterton y lo leo siempre con verdadero placer. Le rechazé por juzgarle escritor insignificante, aburrido, autor de libros de infecta literatura, juicio en el que hoy me ratifico al acabar de leer uno de sus insignificantes, aburridos, infectos novelones.

Ya sé que goza fama de gran escritor incluso de psicólogo. Aun no hace mucho que Manuel Bueno le llamaba poco menos que genial. Bien es verdad que esto no debe sorprendernos. Casi es natural que un periodista mediocre—Manuel Bueno no es otra cosa—llame genio a un mediocre novelista.

La fama de Paul Bourget, se asienta en juicios de escritores de más solvencia intelectual. Juicios inexplicables y, desde luego, erróneos. Se le ha citado al lado de Balzac, de

Stendhal. Es lo mismo que cuando se cita a Gorki al lado de Dostoievski. En realidad, Bourget no pasa de ser un Feuillet de nuestros días, con bastante menos imaginación que su antecesor, y téngase en cuenta que la de éste no era muy abundante ni muy feliz.

Patriotero como buen francés—en Francia son patrioterros hasta los que se llaman internacionalistas—, enamorado del pasado, ante el que permanece constantemente de rodillas, lacayo de la aristocracia de todos los tiempos—en los novelones de Bourget no hay más que aristócratas—este autor no podía ofrecer en sus libros más de lo que ofrece: un producto insulso, pobre en todos sentidos; un reflejo sin matices de esas cosas que ama y que, valiendo tan poco, valen menos aun del modo que él las ama.

Jamás gozó nadie de fama menos merecida que la que Bourget goza como psicólogo. No hay, en todas las páginas que lleva escritas, ni una sola criatura viva. Todos sus aristócratas son de cartón. Quizá alguno de ellos muy bien construido, pero de cartón, es decir, sin pasiones ni instintos auténticos, sin nada de lo que es propio de un ser humano. Si con un material así se puede bucear en el abismo que es la psicología, Bourget es realmente un psicólogo. Pero todos los constructores de muñecos deben acompañarle, en ese caso, en la celebridad. La justicia ante todo. Hay que reivindicar entonces la memoria de todos los Feuillet habidos y por haber.

Lo repito: Bourget no es más que un lacayo de la aristocracia, y como tal, repugnante. Tan repugnante como los del proletariado, ni más ni menos, que, por desgracia, empiezan a abundar de un modo excesivo.

JULIO BARCO



Toda la correspondencia, giros, certificados, valores, etc., diríjase de la siguiente forma:

Sr. D. J. Juan Pastor

Apartado 158.—VALENCIA

Educación para la vida

No hay que educar a los hijos ni para sí mismos ni para los padres, porque el hombre no está más destinado a ser un personaje que una muestra. Hay que educarlos para la vida. Su educación tiene por objeto ayudarlos a llegar a ser miembros activos de la Humanidad, poderes fraternales, libres servidores de la república. Es complicar la vida, deformarla, sembrar los gérmenes de todos los desórdenes, practicar una educación que se inspire en otro principio.

Cuando se quiere resumir en una palabra el destino del niño, acude a los labios la palabra *porvenir*. El niño es el *porvenir*. La palabra lo dice todo: las penas pasadas, los esfuerzos presentes, las esperanzas. Ahora bien, el niño es incapaz de calcular el alcance de esta palabra en el momento en que empieza la educación. Porque entonces está entregado al poder absoluto de las impresiones del momento. ¿Quién le hará, pues, las primeras aclaraciones y le pondrá en el camino que deba seguir? Los padres, los educadores. Pero por poco que reflexionen, sentirán que su labor no interesa solamente a ellos y al niño, sino que ejercen poderes y administran intereses impersonales. Es preciso que vean siempre en el niño un futuro ciudadano. Bajo el influjo de esta preocupación, tendrán dos cuidados que se completarán mutuamente: el del poder inicial, individual, que germina en su hijo y debe crecer y el del destino social de este poder. En ningún momento de su acción sobre él podrán olvidar que el pequeño ser confiado a sus cuidados debe llegar a ser *personal y fraternal*. Ambas condiciones, lejos de excluirse, jamás se encuentran sin estar combinadas en indisoluble unión. Es imposible ser fraternal, amar, sacrificarse, si no se es dueño de sí, y, recíprocamente, nadie puede poseerse, percibirse en lo que tiene de distinto, sin haber descendido, a través de los accidentes superficiales de su existencia, hasta los orígenes profundos del ser, en que el hombre se siente unido al hombre por lo que tiene de íntimo.

Para ayudar a un niño a ser personal y fraternal, preciso es defenderle contra la acción violenta y perniciosa de las fuerzas perturbadoras. Estas fuerzas son exteriores e interiores. Todos estamos amenazados en lo exterior, no sólo por los peligros materiales, sino por la ingerencia violenta de voluntades extrañas; en lo interior, por el sentimiento exagerado de nuestro yo y por todas las fantasías que este sentimiento engendra. Es muy grande el peligro exterior que puede nacer del influjo

abusivo de los educadores. El derecho del más fuerte se mezcla en la educación con extrema facilidad. Para educar es necesario haber renunciado a él, es decir, sacrificado el sentimiento interior de nuestra persona que nos transforma en enemigos del prójimo, hasta de nuestros hijos. Nuestra autoridad no es buena si no se inspira en otra superior a nosotros mismos. En tal caso, no sólo es saludable, sino indispensable también, y a su vez es la mejor garantía contra el peligro interior más grande que amenaza a un ser: el de exagerar su propia importancia. Al comienzo de la vida la viveza de las impresiones personales es tan grande que es necesario, para restablecer el equilibrio, someterla al influjo calmante de una voluntad tranquila y superior. Es propio de la función educadora representar esta voluntad cerca del niño de un modo todo lo continuo, todo lo desinteresado posible. Los educadores representan entonces cuanto hay de respetable en el mundo. Dan al ser que entra en la vida la impresión de algo que le precede, le sobrepaja, le envuelve; pero no le abruma; por el contrario, su voluntad y todos los influjos que le transmiten, devienen elementos que nutren su propia vida. Practicar así el influjo es cultivar la obediencia fecunda, aquella de que nacen los caracteres libres. La autoridad puramente personal de los padres, de los maestros, de las instituciones, son para el niño lo que para una planta nueva la maleza espesa bajo la cual se marchita y muere. La autoridad impersonal, la que pertenece al hombre que se ha sometido primero a las realidades venerables ante las que quiere plegar la fantasía individual del niño, se asemeja a la atmósfera pura y luminosa. Es ciertamente activa, e influye en nosotros a su modo, pero alimenta y afirma nuestra vida propia. Sin esta autoridad no hay educación. Vigilar, dirigir, resistir, tal es la función del educador; debe parecer al niño no una barrera fantástica que en rigor se saltaría siempre que el salto fuera proporcionado a la altura del obstáculo, sino una muralla transparente a través de la cual se perciben realidades inmutables de leyes, de limitaciones, de verdades, contra las cuales no hay acción posible. Así nace el respeto, que significa en cada cual la facultad de concebir lo que es más grande que él, el respeto que nos eleva y nos liberta, haciéndonos modestos. Esta es la ley de la educación para la sencillez. Puede resumirse en estas palabras: formar hombres *libres y respetuosos*, hombres con personalidad y fraternales.

C. WAGNER



El marañonismo y la intersexualidad



‡

Gregorio Marañón es el primer hombre de ciencia español que construye una hipótesis acerca de la intersexualidad. La intersexualidad es un *hecho real* objeto de estudio científico. Justo es, pues, que designemos la invención con el nombre del inventor. El *marañonismo* es la doctrina filosófica—de base científica—ideada por Gregorio Marañón para explicar los fenómenos de la intersexualidad. Esta doctrina está brillantemente expuesta en su obra recién nacida: *Los estados intersexuales en la especie humana*. Con ella empieza el purgatorio del *marañonismo*. Expliquémonos.

¿Es el marañonismo una teoría científica que sale impecable, como Venus de la espuma del mar? De otro modo: ¿Marañón está en lo cierto? De la espuma del mar de la cultura nace el marañonismo. Su vitalidad y su belleza, sin embargo, no serán eternas. Mas dejémonos de palabras absolutas. Localicemos el tiempo y apresurémonos a decir que, hoy por hoy, es una doctrina joven, sana y bella, que llamará la atención durante un período difícil de determinar. Tendrá decididos partidarios. Pero también le saldrán al paso impugnadores contundentes. Ganará batallas y sufrirá derrotas. Y en su titánico esfuerzo por penetrar en las sombras de la vida, se purgará, se sublimará. Vendrán los *foraminíferos* de la ciencia, bien provistos de brocas salomónicas, abriendo luces entre las tinieblas circundantes; se formarán galerías, pozos, túneles, y, finalmente, la claridad iluminará los más ocultos rincones. Entonces el marañonismo saldrá del purgatorio con la palma correspondiente. Tal vez sea esta hipótesis de hoy la teoría intersexual de mañana.

Pero, independientemente de lo que pasa en el terreno científico, con el marañonismo asistimos ahora a la inauguración de un magnífico campo polémico en el estadio social. Esperemos que las garras lógicas de esta hipótesis científica prendan en los cerebros pasivos del gran públi-

co y levanten una polvareda tan recia y viva como la que levantó el darwinismo en su tiempo (1). Para eso la obra está admirablemente preparada. Marañón reúne en sí esas brillantes cualidades que Lipschutz atribuye al espíritu latino, a saber: gran presteza en la comprensión de los problemas científicos y pasmosa facilidad de expresión.

Pero Marañón no es uno de tantos expositores vulgares. Creemos descubrir en Marañón otros ocultos valores de más amplia y sólida envergadura: Marañón es nuestro Darwin. Un Darwin *dux* siglo XX. Darwin fué en sus tiempos el coloso de la ciencia; y, sin embargo, reconozcamos a qué extremos de desgracia ha llegado hoy su doctrina. No sólo no se le concede un influjo decisivo y beneficioso en la biología, sino que Uexkull y sus coribantes llegan a la avilantez de declarar su obra francamente perjudicial a la ciencia. ¡Alto, señores! ¡NO EMPUJAR, que la gloria no se conquista con la difamación!

Aun en el caso de que tal hecho se demostrara, habría que confesar siempre con nobleza que el darwinismo fué altamente beneficioso para la cultura general humana, a la que logró remover en su entraña viva, haciendo que la opinión pública parase fijamente su atención sobre los problemas fundamentales de la vida. Darwin es un hito glorioso. Su venerable cabeza, dotada de unas penetrantes pupilas de escrutador estupendo y de un vigoroso cerebro pensante, siempre, ¡SIEMPRE! será un noble *standard* de la Especie. Actuó en los salones de la sociedad de sus días como el mayoral de la granja, que hace marchar a la recua a restallidos de tralla. Muchos movimientos sociales de hoy a él se le deben.

Algo así nos hacía falta a los españoles de

(1) Darwinismo es la hipótesis ideada por Darwin para explicar los hechos biológicos de la evolución. No es ni debe ser otra cosa. Tal hipótesis, al correr de los tiempos, ha sido rectificada y superada.

hoy. Los creacionistas se han vuelto a sus troneras y descargan sus municiones con denuedo. Son lerdos, pero a veces tienen ingenio. Y su ingenio lo emplean como arrastrados por una pasión satánica que les lleva a pretender apagar cuantas luces enciende la Ciencia, como si su único ideal fuera el reinado permanente del engaño, y como si su única misión fuese el hacer que prevalezca, sobre todo, en la tierra, el mito y la farsa. En material sexual vivimos los españoles en la *fase calíbita*, propia de la primitiva comunidad de aldea, y no saldremos nunca de ella si no surge un hombre que se proponga llevar a la realidad lo mejor de las predicaciones de Costa, y hacer en el campo social lo que Cajal hizo en la ciencia: una labor de desfonde. Ese hombre es Gregorio Marañón. Su nimbo de atanasia le lleva al sacrificio por la comunidad. Dotado de un raro don de gentes, puede ser nuestro Darwin. Y no digo nuestro Savonarola, porque—lo dice Nittino—se puede ser Savonarola sin cañones.

Aceptamos y sostenemos una hipótesis científica—la misma ley biogenética, contra la opinión de Piveteau y de Vialleton—, mientras no tengamos algo mejor. A lo que no se puede volver jamás es al narcótico del creacionismo. Y que no nos vengan los partidarios de éste con el tópico de las lagunas científicas. Si a mí me preguntan: *¿Qué es el espíritu?*, por ejemplo, yo no contesto como esos indiscretos discretos: *No lo sé*. Yo contesto con la afirmación clara que me da la cultura en el estado actual. La biofísica me da el concepto genético, diciendo: *El espíritu no es más que la cualidad efímera de la vida consciente* (Monier); y la metafísica me da así el concepto funcional del espíritu: *Sobre la mole muerta del Universo, una inquietud y un temblor* (José Ortega y Gasset). Esto me basta. Satisface mis apetencias espirituales y me reconforta frente a la vida de esfuerzo cotidiano. ¡Metáforas!—me dirán los creacionistas—. Bien, les respondo; prefiero las metáforas a los absurdos de vuestra ortodoxia. Las metáforas son las palancas del lenguaje, y el lenguaje es el substrátum del pensamiento. Si en lugar de establecer centros de bagatela, donde se come, se bebe y se disipa el pensamiento con el comentario anodino del instante, organizásemos la juventud en cenáculos espirituales donde se rindiere culto a la Idea, mediante el diálogo

socrático, pronto florecerían en nuestro país verdaderas individualidades destacadas, que serían los nuevos *biotipos* de la raza. Compartimos el criterio de Amorós, tan certero en esto como en la mayoría de sus adelantadas ideas: *La gimnástica de moda (sportiva o deportiva)* —decía— *es, en resumen, la lucha: el eterno afán de pelear los hombres contra los hombres. El Estado (que no protege otras gimnásticas amantes) protege el sport, porque es germen de odio del hombre al hombre, de la región a la región, de la nacionalidad a la nacionalidad; porque el vencedor tiene orgullo inhumano, y el vencido tiene ira dolorosa; y porque así están animados y habituados al colectivismo los hombres fuertes, y el Estado quiere que todos los presuntos rebeldes se agrupen, pues las agrupaciones puede dominarlas bien, y al individuo se le domina mal: se puede deshacer un pueblo sin dejar rastro pero no se puede matar a un Cristo sin que deje una religión.*

Marañón es nuestro *biotipo* de raza. Nuestro *standard* mental, viril, humano. A su lado estaremos todos los iconómacos, los que no creamos ídolos para temblar ante ellos, llamándolos creadores, y siendo factura nuestra, esto es, fetiches. Pero estaremos con Marañón, en cuerpo y alma, mientras Marañón realice su obra sin espejismos. Tiene que roturar cerebros primero y después sembrar. Con este Labrador iremos todos, solícitos, al predio, porque nuestra obra tendrá un ritmo enérgico, plástico y ético. Entonces reinará nuestra *Eugenia*—eumástica y calipigia—, hija de *Sofía* y madre de *Irene*. Su gracia, toda femenina, se erguirá sobre dos vigorosos plasmotilos: la *Genética* y la *Erótica*, que no podrán sostenerse mientras la sexología no triunfe por los cuatro puntos cardinales del planeta.

Desde Darwin, sabemos la verdad de nuestro origen, bien distinto, por cierto, de la leyenda bíblica sobre el mismo. El mayor esfuerzo del hombre auroral no fué el realizado para la conquista del fuego, sino mucho antes, cuando tuvo que alcanzar la *actitud vertical*, lograda en lo físico, pero no aun en lo moral, cuya victoria está reservada al futuro. Con Lombroso, aprendimos a ser compasivos con los delincuentes, seres desgraciados, enfermos, irresponsables. Con Marañón, dejamos de considerar al homosexual como un perverso, un réprobo o

un energúmeno. Ni el delincuente ni el homosexual se enmiendan con el tormento. Su remedio eficaz está en una mayor cultura humana y en una más perfecta organización de la *sanidad social* y de la *política científica*.

II

Es angosto el espacio disponible en una revista para la reseña de un libro tan nutrido de sugerencias como es el último—y lo son todos—del doctor Marañón. Escrito en ceñida prosa expresiva, se hace todo él fácil para que su lectura no se limite al ojeo de los profesionales, y asalte las bibliotecas—las mesas de estudio, mejor—del público ancho que hasta ayer se decía profano en estas materias vergonzantes y lucífugas.

Libro lleno de fe en una perfección más o menos longínqua, se adelanta su defecto más eminente, su carestía, que lo aleja del gran público, cuando, a nuestro entender, es en el gran público donde dejaría más seguras semillas. Aunque entrañasen un peligro fácil de ver. El peligro: Por ser un libro de exculpación científica, cabría la posibilidad de que algunos—ellos o ellas—intersexuales de tipo extremo reaccionasen, desvergonzados y casi exhibicionistas, gozosos de poder dejar entrever su verdad, largamente reprimida; pero...

Pero las ventajas de la múltiple lectura serán muchas. Por los casos extremos que intentarían rectificarse; por el tipo de varón que le muestra a la mujer como más perfecto; porque la mujer comprenderá dónde está el punto de su feminidad... y, una vez femenina, dejará de admirar como arquetipo másculo al *gigblo*, o al ondulado efebo de las películas, y volverá a la castiza estética de que: *El hombre y el oso, cuanto más feo, más hermoso*. Esto es: cuanto más viril, cuanto más diferenciados posea sus caracteres sexuales. Y el hombre se convencerá de cómo es más cabal, más íntegro, más bello... y no acudirá al cejista, ni a la tricotomía artística... ¡Ni siquiera al regenerador del cabello! Y volviendo la Moda al cauce natural, se irá paso a paso por el camino verdadero. La pena está en no poder galopar...

Pero aun para hoy todo padre y toda madre oirán la voz de alerta, y aprenderán a mirar con otros ojos la *belleza* de sus hijos. E igual

que procuran desembarazarles la senda económica, dándoles carrera o medios de vida, se ocuparán un poco más de ayudarles en la otra senda más peligrosa, la sexual, en la que suele andar cada uno tropezando a solas, o en mala compañía. Y con sólo tener ojos los padres, podrán hacer que la naturaleza filial tome un rumbo seguro, del que dependerá toda la existencia... *Hay que saber... Hay que saber...* proclama con voz entera el doctor Marañón. *Hay que sustituir el misterio del sexo por la verdad del sexo; la castidad peligrosa de la ignorancia—que por no saber nada lo presume todo—, por la castidad serena de la sabiduría*. Y desde la cátedra, desde la tribuna, desde el libro, no cesa, ejemplar, de apuntar, certero, hacia el hito de la perfección. ¡Lástima que no pueda enseñarnos más que el camino conducente a ella! a la diferenciación perfecta, al *gonocorismo*: el hombre, sólo hombre; la hembra, sólo hembra.

Ya se dijo más veces que al doctor Marañón se debía la seria solicitud que a estas cuestiones de vital interés dedican ahora gentes hasta hace poco voluntariamente retraídas. Pero aun hay demasiada hipocresía—o ignorancia—en quienes creen que con volverse de espaldas al Mal se adelanta algo en el Bien. Y por eso, tan digno de alabanza como el trabajo paciente e iluminado de Gregorio Marañón, es su gesto, en un país en donde, desde todos los rangos, el hombre se ufana de la propia virilidad. Bien hace que sea un verdadero varón el que hable de la virilidad ajena, y que, después de la estocada a fondo dada al *donjuanismo*, nos descubra el *enemigo intersexual que nos acecha*, la espina envenenada clavada en nuestra vida instintiva.

Conocer el peligro, es dar ya un paso para la defensa. Por eso, más que reseñar el libro *Los estados intersexuales en la especie humana*, y cuyo solo índice de materias ya basta para sujetarse al interés, nos limitamos a recomendar que nadie deje de leerlo. Por el bien de la futura Humanidad consciente, por el triunfo del cultivo integral del niño.

III

La bella hipótesis de Marañón viajará siempre con escolta. A su retaguardia se oirán constantemente toques de atención. Desde el

rojo del clarín al azul de la flauta. Y no faltará tampoco el resoplido beluino de alguna máscara, la voz atávica que, autoritaria, congregue a su grey en son de anatema, ni el lamento estreme-

cido de alguna fémica que haga, a su paso, el vivo gesto de sorpresa de la gacela cogida por el cazador en pleno descuido silvano.

LUIS HUERTA



Filosofía práctica

Esbozo sobre la Felicidad



Una de las principales preocupaciones del espíritu humano, consiste en el laudable deseo de ser feliz: en la forma, modo y manera de cómo se colmará ese deseo, de cómo se obtendrá la ansiada felicidad. Todos deseamos vehementemente ser felices y prodigar felicidad a quienes amamos y creemos que nos aman. El individuo, para ser feliz, piensa, estudia, trabaja. Traba conocimiento con sus semejantes, establece relaciones, comercia y vive en sociedad. Vive en sociedad porque la tradición, la historia y la práctica de la vida le han dado a entender que con su aportación personal a la ciencia, al arte, a la industria, a la agricultura y al trabajo útil, en fin, podrá percibir del común social, a guisa de trueque, más o menos equitativo, lo que para sí y los suyos que se hallen indefensos necesite. Es esta una ley moral y económica inherente a toda forma de convivencia colectiva, que rige, a través de los tiempos, en cada uno y todos los sistemas de organización social.

Desde los más remotos tiempos, el hombre, en todas las latitudes del planeta, sin excepción de raza, de color ni religión, hase unido solidariamente a sus congéneres para hacer circular, por las arterias sociales, los productos de su esfuerzo, con el fin de agenciarse, en justa compensación, lo necesario a su subsistencia, de entre lo producido por los demás, y porque sabe por experiencia que, por muy capacitado que estuviera para diversas funciones y por mucho que luchare, jamás podría llegar a bastarse a sí mismo.

Hasta aquí, y desde el punto de vista expuesto, el hombre mantiene limpio e incólume su equilibrio moral, sin dejarse influenciar por

insanas y desviadas pasiones. Es el tipo humano de costumbres sencillas y, por ende, austeras, sin perturbaciones destructoras, sin más introducciones espirituales en su conciencia que las que, naturalmente, le impone el progreso en general.

Mas si el hombre, en su alta calidad de rey de la creación, es capaz de asimilarse, envuelto por un ambiente propicio, todas las ventajas morales, intelectuales, científicas y económicas que llevan en sí los tiempos, también deja que se infiltren en su espíritu todas las malas pasiones, hasta el extremo lamentable de reparar la conciencia de su natural y primaria filiación, si fué buena en sus albores, o embrutecerla hasta dejarla desconocida, si por herencia, o desde sus primeros días, llevaba ya aparejados sedimentos pasionales corruptores.

Con lo dicho, decir quiero que, si es verdad que "no hay mal que por bien no venga", no lo es menos que no hay bien que no lleve en sí posibles predisposiciones para el mal.

Así, puede muy bien ocurrir, y ocurre en efecto, que la misma superioridad intelectual que el hombre goza, con respecto a los otros seres de la escala zoológica, que le da medios y ocasión para vivir una vida más intensa y más rica en matices y emociones, puede hacer del ser humano la más desgraciada de todas las criaturas, ya que la mayor inteligencia y efusión empleadas para asimilarse atributos de bondad y de virtud pueden ponerse en funciones para empresas de vicio, de maldad y corrupción. Del mismo modo que la riqueza económica que permite la holganza y el regalo, tiene más posibilidades y pertrechos que su dorso la pobreza, para pervertirse y sembrar por el mundo la desdicha y el dolor.

Y así como los vidrios se empañan y ensucian con la sola acción de la atmósfera y el polvo, sin que sea necesario que el hombre los ensucie adrede, y no se limpiarían por sí solos, la conciencia de la criatura humana se impregna, con facilidad pasmosa, de todas las morbosidades insanas que en el ambiente germinan, y hace falta que a menudo se le pase la esponja y los paños de la virtud, para evitar que el morbo se haga en ella constitutivo, como los vidrios necesitan, para estar claros, que la higiénica mano del hombre los limpie de vez en cuando.

El hombre, pues, por la misma razón de que es capaz de sentir la belleza de alma y producirla, por ende, hasta la sublimidad, está también muy expuesto a ser crisol de las más bajas pasiones, sin sentir jamás nobles placeres espirituales, buscando en su exterior matices y emociones que se hallan en sí mismo, dentro de su propio ser.

El hombre acierta o yerra con igual facilidad, y es muy probable que esté más sujeto al error que a la verdad.

* * *

Y, claro, viviendo el ser humano rodeado de riquezas materiales y con arrostos para obtenerlas, las cuales a su turno producen goces físicos y aun pequeños placeres espirituales, aunque ficticios en muchos casos, no fué extraño que dirigiéramos sus insaciables afanes hacia la conquista de esas riquezas, o, por lo menos, de los medios económicos que le habían de permitir el darse una vida regalona salpicada de placeres inconsistentes y efímeros, desde luego; pero considerados, por la mayor parte de personas, como únicos e insustituibles puestos al alcance de sus manos.

Sin embargo, ningún error aventaja en crasitud y elocuencia (porque elocuente es todo lo que se atisba a la primera ojeada) a ese de buscar felicidad en los placeres materiales que pueden obtenerse en la inmensa feria de la vida social, con escasos méritos y abundante habilidad, osadía y desvergüenza; pero la Humanidad es así: para asimilarse una verdad, por minúscula, espontánea y evidente que sea, es, fatalmente, necesario que pase por mil errores que la fustiguen de firme. No parece sino que el dolor sea su sino.

Y es que el hombre está atascado sobremedera en la tierra; pegado a este valle de lágrimas, donde se ve forzado a atender a múltiples necesidades materiales y económicas que le ocupan la mayor parte de sus cortas horas. Y en estas condiciones, no le queda casi tiempo para extasiarse ante la Naturaleza y el arte que le proporcionarían variados goces espirituales. Y esclavo de sus necesidades y aun de muchos vicios, el pobre animal racional circula por la vida sin darse apenas cuenta de que posee sentidos superiores a los cinco corporales. Y envuelto férreamente en el cruel torbellino de sus múltiples miserias, consume inconscientemente su efímera existencia, y lega a la posteridad el triste patrimonio de sus lúgubres desdichas, el cual es cuna y ambiente de las generaciones futuras.

Y no sabiendo salir el hombre del charco de sus miserias, no puede sentir más goces que los puramente materiales, siendo insensible su ser anímico a las inefables armonías que emiten a su en torno los mil instrumentos melódicos que, en forma de arte y belleza espiritual, reproducen el inmenso y ameno pentagrama de la vida.

Y así, la pobre Humanidad, sin pertrechos morales para defenderse de sus propios errores, va rodando, de generación en generación, por la pendiente de sus desdichas, sin hallar jamás el ansiado remanso del posible minimum de felicidad a que tiene natural e inmanente derecho.

* * *

Hemos dicho minimum de felicidad y con ello queremos decir felicidad relativa, ya que no es concebible la felicidad absoluta que, en tal caso, no sería dicha alguna.

Claro que hay personas que dado su modo de ser nunca serían felices, y hay, en cambio, otras, que con poca cosa se considerarían tales.

Unos buscan la felicidad en amontonar riquezas. Otros en la glotonería o en el lujo. Otros en fiestas, etiquetas y viajes sin plausible objeto. Otros en exhibir su orgullo y vanidad por mil medios. Otros en el juego y en vicios de peor índole. Y todos nos empeñamos en pedir peras al olmo, o en buscar la felicidad donde hallarla no podemos, que para el caso es lo mismo.

Cuando no se sabe ser feliz, cuando el espíritu no está en condiciones para hacer brotar la dicha de los medios que están a nuestro alcance, todo se nos trueca en tedio, desaliento y desdicha. Así, resulta inútil buscar la felicidad en nuestro exterior, si antes no hemos aprendido a ser dichosos, si antes no hemos preparado el campo espiritual interno, para que las impresiones que de fuera vengan produzcan las imágenes de humor y gozo que necesita nuestro espíritu.

La vida humana, en todas sus manifestaciones, sin faltar una, reclama esforzado aprendizaje; función constante y consciente de la voluntad; orientación y esfuerzo espiritual. Sin ello el hombre naufragaría en cualquier atolladero; nunca saldría indemne y salvo de las luctuosas situaciones que se le presentan en el curso de su existencia terrestre.

Animo y entereza para dominar los efectos aflictivos que lleva en sí toda desgracia. Serenidad, tiento y cachaza para no desesperarse. Energía y humor para reírse conscientemente de todo. Estos son los atributos y pertrechos que el hombre ha de esgrimir contra toda adversidad; "que detrás de un tiempo otro viene, y no hay mal que cien años dure".

Quien posea las plausibles condiciones apuntadas, está camino de ser feliz; en la antecámara de la dicha puede circular, con tantos a su favor, por el páramo terráqueo.

Quienes no las poseamos, que sin duda somos los más, debemos de hacer por adquirirlas (si es que no nos son inasequibles); de lo contrario, seremos siempre blanco y granjería de la acechadora desdicha.

Pero por felicidad no debemos entender el hartazgo, la disipación, la vorágine, sino el comedimiento, la templanza y sobriedad en el uso y consumo de las cosas; que el abuso es dolor y no es dicha.

Quedamos, pues, en que la felicidad consiste más en la adecuada disposición temperamental que en los medios materiales de que podamos disponer para darnos goces. Hay quien, situado en un emporio de riquezas y de bellezas, naturales o artísticas, no podría jamás pasar de ser un solemne desgraciado. Y hay quien, viviendo en un medio pobre y gris, sabría hacerse dichoso.

Otro medio de felicidad personal, y no en-

deble por cierto, lo constituye el saber, o simplemente el creer que los demás son felices. Y, sobre todo, lo que más aproxima a la verdadera felicidad es el punzante y plausible deseo de alcanzarla, si no se tiene, y ensancharla e intensificarla, si se ha empezado ya a gozarla, pero siempre huyendo de los placeres groseros y materiales, y yendo en pos de los goces delicados del espíritu.

Y para llegar a tan sublime beneficio como es la felicidad de que venimos hablando, o sea la dicha relativa, porque la absoluta no existe ni existirá jamás, nada mejor ni más práctico que vivir en plena paz con los hombres y con la propia conciencia.

RAMÓN VAQUER



Tarjetas Postales de "Estudios"

La publicación de estas postales-retratos obedece a un noble propósito de difundir y estimular el amor al estudio, y no de contribuir a ninguna clase de idolatría. Queremos simplemente que ante los hombres que más se han destacado, por su labor útil y fecunda, en la evolución del pensamiento humano, cada cual sienta el deseo de conocer su vida y estudiar su obra.

Cada serie, compuesta de 12 tarjetas, la integran: Un filósofo, un poeta, un pintor, un revolucionario, un escultor, un músico, un inventor, un precursor, un gran novelista, un escritor y un pedagogo.

Se han puesto ya a la venta las colecciones siguientes:

SERIE I.—Kant, Rabindranat Tagore, Goya, Bakunin, Miguel Angel, Beethoven, Gutenberg, Fourier, Colón, Dostoyewski, Larra y Pestalozzi.

SERIE II.—Voltaire, Shakespeare, Leonardo de Vinci, Eliseo Reclus, Alonso Cano, Mozart, Alejandro Volta, Roberto Owen, Galileo, Zola, George Brandes y Francisco Giner de los Ríos.

SERIE III.—Kierkegaard, Schiller, Velázquez, Kropotkin, Benvenuto Cellini, Albéniz, Marconi, Fernando Lasalle, Horacio Wells, Tolstoi, Antón Chejov y Ellen Key.

SERIE IV.—Guyau, Goethe, Zurbarán, Luisa Michel, Rodin, Rimski Korsakoff, Branly, Saint Simón, Einstein, Balzac, Angel Ganivet y Clapèrède.

SERIE V.—Rousseau, Heine, Rembrandt, Otto de Guericke, Pasteur, Isadora Duncan, Wagner, William Morris, Salvochea, Linneo, Thomas Munzen y Cervantes.

SERIE VI.—Carlos Spittler, Proudhon, Carlos Pissacane, Gabriela Mistral, Rafael, Panait Istrati, Schumann, William James, Berthelot, Esteban Grey, Quevedo y J. M. Fabre.

Sin interrupción seguirán nuevas series, hasta completar y reunir en esta colección, que no dudamos en afirmar será la más valiosa y selecta de las conocidas hasta ahora, todos los grandes hombres que con su genio dieron impulso al progreso del mundo.

Cada serie de 12 tarjetas se vende a 1'50 ptas.

Pídanse a esta Administración, anticipando el importe por giro postal o en sellos.

Interesa a todo hombre estudioso

hacerse suscriptor de esta Revista, porque a pocos libros que adquiera le resultará la suscripción gratis.

Vea los descuentos con que favorecemos a nuestros corresponsales y suscriptores, en otra parte de este mismo número.



El Idealismo y la Vida



El hombre más psicólogo del mundo no sabría con exacta certitud poder expresar todo cuanto es su deseo, su preferencia y lo que diríamos la idealidad más anhelada de su vida; así como nuestro pensamiento, buscando un principio y un fin donde basar un concepto posible sobre la Existencia, se pierde en conjeturas y vaguedades al pretender enlazar los detalles de un Infinito de Inmensidades, nuestra ilusión se extralimita también en la Vida a medida que lo nuevo se nos revela, saludando a nuestra Ignorancia con su atrayente distinción.

El saber y lo ya conocido, aunque sea bajo los aspectos más rudimentarios y simples, nos inspira y nos impulsa hacia lo Ignorado.

La cuna del Porvenir es el Pasado, y lo que a nuestra observación se hace viejo es lo que ejerce de instigador que anima nuestra voluntad hacia las venturas de lo Desconocido, inquietándonos y emocionándonos en virtud de lo que como aspiración e ideal atribuimos al futuro de las experiencias que aun no nos han sido dables para vivir.

Entre nuestra mente y nuestro carácter hay, en realidad, relaciones, en mucho, más discrepantes que a simple vista parece.

El criterio resulta muchas veces engañado por el temperamento, y éste resulta también con frecuencia traicionado por aquél. El uno es el impulsor y el otro la voluntad confirmativa, diríase lo sustancial y el poder de la energía.

La pretensión constante de conocernos a sí mismos nace en nosotros por la fuerza de nuestra inteligencia, y si el error nos acompaña sin cesar hoy en nuestro auto-análisis, es decir, en el resultado de la auscultación y examen de nuestro Yo, la más elevada y suprema de nuestras superaciones concebibles, no nos podrá tampoco garantizar el concepto infalible y lo cierto absoluto de nuestras comprensiones metafísicas.

¿Hasta dónde podrá llegar la osada mentalidad humana?

¿Hasta dónde sus actos? ¿Cuándo se extinguirá lo nuevo?

Es una relación tan innumerable de cosas la vida, que toda suposición que se haga con carácter afirmativo, toda conclusión ideada no deja de ser una puerilidad llena de subjetivismo inocente.

Propio y muy natural de seres limitados e imperennes, ideamos y creamos siempre a nuestra imagen y semejanza; la facultad y sínderesis que poseemos no nos permite ir más lejos ni ser más accesibles.

Efectivamente, que todo puede evolucionar, engrandecerse y superarse; pero la relación existente entre nuestros atributos personales y humanos con la mecánica de la vida cósmica no se alterará por más que se amplifiquen los términos.

No nos es difícil ni raro el comprender que nuestros poderes con respecto a las condiciones de la vida exterior, son muy nimios e insignificantes, y que el efecto de todo cuanto reina y se agita en nuestro derredor es un absoluto relativo al grado y a la calidad de la comprensión y perceptibilidad individual.

La diferenciación de las capacidades y del espíritu de sensibilidad en los individuos nos hace deducir que toda idealidad, toda impresión, toda sensación, como toda verdad, es variable en el intelecto humano, y llegando a negar que la creencia o la sensación uniforme no se halla entre los hombres, en *el hombre* podemos comprender que, siendo susceptible de evolución, de traslación y de versatilidad, es posible también que sus propias ideas lleguen a fases de diferencia, causa que dice de por sí que la misma idea de la felicidad, es decir, de los mejores anhelos de la vida, ni es fija ni puede ser infalible.

¿Podrá verse una felicidad hermanada a lo absoluto?

Más que hipotético, diríamos que es absurdo: el hombre no podría hallarse feliz en semejantes alcances.

Si el don de la aspiración se extinguiera en el ente humano, entonces aun podría suponerse, si el propio placer de la lucha, de la investigación y de la renovación dejárase de sentirse, acaso podría entonces concebirse esa anquilosis final y estática del género.

Una mentalidad atrofiada, abyecta, resignada a la monotonía de manifestaciones y aspectos de la vida, encuentra en su estado un género de sensaciones que, por mediocres e insípidas que a los demás parezcan, llenan el cometido de los deseos del sujeto.

Los animales que consideramos como inferiores, en la vida libre, hallan con su existencia, tan distinta a la nuestra, una satisfacción de vivir que colma todas las aspiraciones que conciernen a sus sentidos.

Pero el hombre, este ser que, desde su incipiente esbozo y los albores de su remota prehistoria, viene luchando constantemente por lo ignorado, en busca de lo nuevo y en pos de un más allá; renovando con actividad incesante sus costumbres y sus creencias, su ciencia, su arte y su determinismo; corriendo siempre, afañoso de un porvenir y de un ideal, ¿cuándo podrá encontrar lo absoluto y lo perfecto de su infelicidad?

La humanidad de hoy, ¡qué contraste ofrece comparada con la de épocas ancestrales!... Ideas, moral, religión, costumbres, luchas, la vida toda, se ha metamorfoseado... ¡Cómo hasta el más anónimo individuo actual se distingue de nuestros ascendientes lejanos!...

Sin embargo, los ideales, las aspiraciones, las vehemencias de un algo que prodigue emociones intensas y estimulantes, si bien en forma y síntesis cambian, existen, no obstante, de hecho, tanto o más inquietantes, en la mentalidad, en el espíritu y en el ser, siempre con arraigo, provocadoras de entusiasmos y de pasiones consecutivas.

Hay un idealismo voluble más permanente en el vivir de nuestra estirpe; pero una felicidad única no la hay, sino períodos de mayor o menor satisfacción, adecuados a la evolución distintiva de la época, y relativos a la comprensión individual.

¿Graduar nuestra felicidad? Bien posible.

El dinamismo de nuestras luchas atestigua nuestra mayor o menor satisfacción; ya el placer o el dolor nos sobreviene de ellas, y la

complacencia de un individuo se revela bien patente al exteriorizar y comunicar su estado de ánimo.

El cúmulo y la variedad de facetas por que nuestro espíritu atraviesa a través de la lid inevitable de la vida, nos inclina al examen y a la contemplación de las sensaciones, y al tomar consciencia de su balance, es apreciable la intensidad con que, de una u otra forma, hemos vivido.

Es en el gradualismo donde podemos hallar motivos estimulantes hacia horizontes y perspectivas que quizás no nos procuren mayor felicidad que la que posiblemente se haya vivido, pero sí que nos descubrirán una felicidad nueva, y he ahí todo objetivo.

No es la felicidad en sí lo que pretendemos conseguir al gestarse en nuestra mente una idealidad, sino que aspiramos a poseer una dada finalidad, en la cual confiamos nos derive una satisfacción vehementemente anhelada; una finalidad constituyente de las inmensidades del Conjunto, abstracción que motivadamente llega a preocuparnos, idealizándolo oportunamente.

Realmente, el individuo precisa de motivos por los cuales luchar, y a eso se llama Idealismo, cuando, en verdad, es Vida.

SAKUNTALA



Higiene del Matrimonio

por el Dr. F. Montau

Obra magna y única en su género, de alta erudición y de prácticos consejos, que la hace insustituible en toda biblioteca y necesaria en todo hogar. En ella se compendian nociones útiles generalmente ignoradas, se dan preceptos importantísimos para la conservación de la salud y se dictan reglas provechosas para la felicidad doméstica, la crianza, educación e higiene de la familia. Última edición revisada y puesta en armonía con los recientes adelantos de la ciencia.—Ilustrada con numerosos grabados, y primorosamente encuadrada en tela. Precio, 7 pesetas.—Pedidos a esta Administración.

AVISO

Si algún Centro cultural obrero, o lector, quiere comprar la colección completa de todos los números que van publicados de la Revista GENERACION CONSCIENTE, hoy ESTUDIOS, puede dirigirse a José Coll, calle del Tejedor, núm. 3, Gijón (Asturias).



Impresiones

Exposición del grabado checoeslovaco



Bohemia, por su innata rebeldía, que inspiró en facetas de cultura y dignificación, hasta conseguir la reconquista de su independencia, y por ser cuna de las artes gráficas, el país de origen del grabado en madera, nos era, desde ha mucho tiempo, simpática. Es fama, y algunos autores y críticos lo ensalzaron con vehemencia, de que los checoeslovacos son rebeldes a todo convencionalismo, y, en el libro, siguen la ideología de éste, dando realidad gráfica, sentimiento humano, a los conceptos e ideas que encierra.

El libro, que tanto contribuyó al progreso y liberación de Checoslovaquia, y la coloca en uno de los puestos preeminentes de la cultura europea, habla en todos idiomas por medio del grabado, del arte, que es una actividad humana que se expresa hartamente, que habla a los espíritus, de forma que éstos se cautiven ante su Exposición y ante su Exposición se enerven...

* * *

De forma sucinta hemos de ocuparnos de varios artistas, que lo son en nuestro concepto, porque en sus creaciones traducen las inquietudes de sus sentimentalismos y el deseo de retener gestas capaces de engendrar gestas...

Inicia la Exposición A. J. Alex con varios estudios de caballos en diversas posiciones y actitudes. Se ve dominio en el dibujo. Tiene dos obras de meritorio interés: *Gente de Circo*, la mejor, en que un mozo ensaya un potro salvaje, mientras reposa la farándula, hambrienta y sombría. *Pontón errante* está lleno de realismo; es el deambular doliente de los que huyen de los desastres de la guerra, sin hogar y sin rumbo, a lo largo de la costa hospitalaria.

Bilek posee gran filosofía en su grabado en madera *Nuestro cuerpo, nuestra prisión*, y se convierte en místico en *Encuentro espiritual* y en *La reverencia de las olas*.

Hasta llegar al grupo de Jaronek, nos llaman la atención Bonda con *Los marineros*, litografía en color; *El baño*, de Petri Dillinger, desnudo de armoniosa línea, y *Los madereros*, tratado con bastante cariño. En Jaronek vemos la serenidad de la Naturaleza; casi sentimos la caricia de sus frondas en sus grabados coloreados *Una iglesia antigua*, *Una granja en la región Valassko*, *Ragusa*.

Koblika, con su *Crepúsculo*, nos sigue presentando naturaleza quieta y bella. *El deseo* es un estudio psicológico bien tratado, y asimismo, en este aspecto, son notabilísimos sus cinco estampas sobre *La tentación de San Antonio*.

Jan Kompek se nos antoja en extremo interesante en sus ciclos: *El infierno del Dante*, que consta de cinco grabados, si bien el primero no aparece expuesto; *Don Juan*, de ocho, del que también se nota la ausencia del cuarto y del sexto; *Hamlet*, de doce, completa, y otros. Gran vivacidad en el trazo y desenvoltura en las figuras, fantasía y tragedia en los asuntos, por regla general. *El ascenso* encierra un simbolismo sintético del esfuerzo humano por su mejoramiento. La Idea instiga al hombre a continuar el cruento éxodo emprendido: el hombre mira hacia abajo desde los picos inaccesibles... desde los que ya pude ver las negruras tétricas de donde surgiera en pos de la dignificación.

Richard Landa es un poeta del grabado; en la mayoría de sus obras refleja quietud, nostalgia, escenas de la Bohemia meridional. Sobresalen *Canteros*, *Lavanderas*, *El arado* y *El castillo de Trencin*. Es digna de mención la litografía en color, de Rambonsek, titulada *Sin hogar*, y un claroscuro, del mismo, que lleva por título *Trabajo*. Silovski nos presenta, tratados con gran realismo, *Los titeres*, *A orillas del Sena*, *Altos hornos*, *Fundidores de Vitokorice*. En general, sus obras están inspi-

radas en la tristeza de la vida, de la miseria y el trabajo.

*
* *

Cerramos aquí el ciclo, lamentando el dejar de mencionar obras de gran valía, que surgieron luego, si bien los motivos se repiten. Creemos haber seleccionado a los representa-

tivos del arte gráfico checoslovaco, que con sus obras coadyuvaron a la obra del mejoramiento humano, teniendo la gentileza de imprimir a sus actividades en los derroteros de una idea de excelso humanismo.

LEÓN SUTIL

Madrid, Abril 1929.

**Divulgaciones
médicas**

Cómo se evita y cómo se cura la sífilis

(Continuación)

El período terciario

Cuando el organismo se siente invadido por los millares de millares de spirochaetas del período secundario organiza contra ellas una verdadera defensa. Todas sus energías se disponen a contrarrestar la infección, y las intermitencias producidas durante el período secundario, mencionadas en el capítulo anterior, son manifestaciones de esta reacción. El resultado de la lucha nunca es completamente favorable al organismo, pues que *la sífilis jamás se cura espontáneamente*; pero la defensa establecida impide, al menos, que la muerte se produzca de inmediato. Las spirochaetas combatidas incessantemente por las acciones defensivas, se refugian al cabo de cierto tiempo en los órganos más profundos, donde no son alcanzados por ella y allí permanecen indefinidamente, produciendo las lesiones del período terciario. Los parásitos han disminuído en tal caso, no sólo en número, sino también en acometividad, y la enfermedad pierde el carácter de infección aguda, intensa. No es por eso menos dañosa. Todo lo contrario. Así como el período secundario podría ser llamado *el período del contagio*, el período terciario podría ser llamado el de la *degeneración y muerte de los órganos*.

Todos los órganos y tejidos pueden ser atacados por la spirochaeta en el período terciario.

La superficie de la piel y las mucosas son asiento de tumefacciones y ulceraciones más o

menos extendidas llamadas *gomas*. Están a menudo en las partes más visibles, dando al enfermo el aspecto repugnante que todo el mundo conoce.

Los huesos se ablandan y destruyen, y como constituyen el armazón de las formas, éstas se pierden. Es así como se producen a menudo deformaciones de la nariz, características de la enfermedad.

El hígado es un órgano muy atacado por la sífilis terciaria y su destrucción comporta casi fatalmente la muerte total del organismo atacado, pues sus funciones son imprescindibles a la vida.

Lo mismo puede decirse de *los riñones, el bazo, el estómago, los intestinos, los pulmones*.

El corazón y los grandes vasos por los cuales circula la sangre son atacados por la spirochaeta, dando lugar a la formación de *aneurismas*, esto es, de dilataciones con debilitamiento de la pared, la cual queda, como se comprende, en condiciones de romperse al menor esfuerzo, y producir la muerte inmediata del individuo.

La sífilis tiene una predilección especial por el *sistema nervioso*. Los órganos de que está formado tienen una estructura sumamente delicada y las spirochaetas se acumulan entre sus elementos constitutivos, segregan sus toxinas y producen su degeneración y muerte.

Algunas veces las spirochaetas atacan a las paredes de los vasos encargados de llevar a

los elementos nerviosos los materiales de nutrición y de vida. El vaso enfermo se rompe, la sangre se derrama entre los tejidos, los comprime, los inflama, y se producen así gravísimos trastornos que terminan algunas veces de inmediato con la vida del enfermo u ocasionan, otras, parálisis que abarcan toda una mitad del cuerpo.

Las lesiones pueden no ser tan repentinas, pero no por ello son menos graves. Los elementos delicados que tienen a su cargo las funciones más elevadas de la sensibilidad, de la motilidad y de la inteligencia, irreparables.

Entre estas últimas deben ser mencionadas dos que por su frecuencia, su incurabilidad y por la triste condición a que condena a los desgraciados que la sufren, representan el aspecto más terrible de la terrible enfermedad. Son ellas:

La Ataxia Locomotriz o Tabes. Esta horrible enfermedad es debida a una degeneración de los cordones que conducen la sensibilidad en la medula espinal y se caracteriza, sobre todo, por perturbaciones en la marcha. Las piernas no pueden moverse con el ritmo y regularidad normales, y el enfermo toma en tales condiciones un aspecto típico que los caracteriza y distingue en la calle entre la multitud de pasantes. Los trastornos del equilibrio son acompañados de terribles dolores en las piernas, que se producen como *crisis de dolores fulgurantes*.

La Parálisis General Progresiva, llamada así porque es una parálisis de toda la inteligencia y porque su marcha, una vez establecida, no se interrumpe más, llevando fatalmente al enfermo que la sufre a la degeneración y a la demencia, sin que el tratamiento más intenso pueda ponerle remedio.

El período terciario se prolonga por toda la vida cualquiera que sea el momento en que se haya iniciado. Puede estar interrumpido por períodos de calma más o menos completa, pero ni aun un tratamiento continuado pone al enfermo fuera de peligro de un accidente en cualquier momento de su curso.

La sífilis se contagia menos en este período, pero se contagia contrariamente a lo que generalmente se cree. Para que el contagio sea posible es necesario que haya ulceraciones, pues sólo en la superficie de ellas se encuentran las

spirochaetas, cuya gran mayoría están confinadas, como hemos ya dicho, en órganos aislados.

En este sentido debe hacerse una excepción referente a la sífilis hereditaria, forma de contagio de que hablaremos en el capítulo siguiente.

DR. CAMILO MUNIAGURRIA

(Continuará.)

Descuentos a corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS

REVISTA.—En paquetes desde 5 ejemplares en adelante, el 20 por 100 de descuento, libre de gastos de envío. En los envíos para Francia, el descuento va por los gastos de franqueo. Los pagos deberán hacerse cada mes por giro postal, cheque, sellos, etc. (en este último caso certificando la carta).

LIBROS.—En los libros editados por esta Revista, el 25 por 100 de descuento. En las demás obras anunciadas en el Catálogo General, el 20 por 100 en rústica, y el 15 por 100 en las obras encuadernadas. En los Diccionarios, el 10 por 100. Los pedidos cuyo importe líquido sea de 10 pesetas en adelante, se envían libres de gastos de franqueo y certificado.

Para todo pedido de libros es condición indispensable el pago anticipado.—Si no se quiere o no se puede anticipar el importe al hacer el pedido, pueden indicar que se haga el envío a Reembolso, y en ese caso se abonará el dinero al recibir el paquete de manos del cartero. Los gastos de Reembolso (0'50) van a cargo del comprador en este caso. Los envíos a Reembolso no rigen para el extranjero.

NOTAS.—Los suscriptores de ESTUDIOS deberán tener abonada la suscripción para tener opción al descuento señalado. Las suscripciones se abonarán por años anticipados (12 números, comprendido el Almanaque de 1.º de año, 6'50 pesetas para España, Portugal y América; y 8 pesetas para los demás países). Las suscripciones pueden empezar en cualquier mes del año.

En los pedidos debe indicarse título y autor de los libros, lo más claro posible. Cuando alguno de los libros pedidos se halle agotado o en reimpresión, dejamos el importe a disposición del comprador, enviando libre de gastos el libro o libros elegidos en sustitución del que haya dejado de enviarse. Todos los pedidos se sirven inmediatamente de recibido su importe.

Enviamos gratis el Catálogo general a quien lo solicite.

INTERNA ARMONÍA

ARPEGIOS

La Verdad fluye de tu corazón; cuida de que éste no se seque jamás.

La Verdad llega hasta nosotros, nos envuelve, nos acaricia y penetra. Según nuestra pureza, así sentimos su voz; a mayor pureza, más notamos la presencia de la Verdad. La Verdad está en uno como la Vida está en todo, pues que la Vida es la Verdad, como es la Verdad la Muerte y todas las cosas. Doquiera se ve el reflejo de ella; vemos su imagen; escuchamos sus melodiosos murmullos; sentimos el suave vibrar de su risa; la inalterable influencia de su poder. La Verdad tiene por residencia, no ya el mundo que habitamos, sino los mundos descubiertos por la clara visión del hombre. No reside exclusivamente en este u otro lado. Siempre está en todo; pero va más allá de todo; más allá de los mundos; más allá de la Vida y de la Muerte; más allá de nosotros. La Verdad florece en todas partes, pues que todo el universo es un jardín fertilísimo propicio para la Verdad. ¡Oh, Verdad, amada única, quiero sentirme lleno de ti, de tu voz, de tu risa, de tu énfasis!

Si queremos sentir su contacto eternamente, si queremos escuchar su voz como una música incomparable y su risa vital como un mensaje de imperecedera alegría, tenemos que creernos poseídos por ella y por ella vivir con amplitud vida amorosa y fraternal. El hombre que se siente poseído por la Verdad, lleva en su corazón una fuente de justicia y afecciones sublimes; sabe que ella es el principio inmanente de toda perfección, y que va por todas partes repartiendo sus generosos dones. La Naturaleza plena es su espejo; los hombres, los irracionales y las plantas, los mares y los ríos, son sus vehículos; la cultura, su esencia, y la libertad, su complemento único e indivisible; la ciencia, su brújula, y la razón humana, su exégeta.

La Verdad no surge del misterio. El misterio

está en el hombre que no ha llegado aun a descubrir la Verdad.

La Verdad no es dogmática ni partidista. El dogma, el partido quieren circunscribir la Verdad a normas y decretos; y por cuya causa huye la Verdad, que es sencilla, natural, espontánea, libre. La Verdad es la fuente generadora del Universo, y el hombre su sonoro surtidor. La Verdad está en el Todo, vívida, energética, inmutable. Cada cosa, cada ser la lleva sobre sí como sempiterno sello, y sólo aquellos que comulgaron con el Dolor Universal, que hicieron de sus corazones lumen para los hambrientos de amor, fuentes de fraternales dulzuras, sólo éstos pueden mandar irradiaciones de la Verdad a las almas derrotadas por los degradantes egoísmos humanos.

LÁMPARA VOTIVA

En todo lo existente hay luz. La Vida en sí es una perenne iluminación, y los que miran con ojos penetrantes, aun ven en el corazón de las tinieblas las esplendorosas irradiaciones de la Luz.

Tú eres convertidor de energía eléctrica. Sobre tu ser están tendidos cables que llevan la fuerza incontrastable. Haz de forma que esa fuerza se convierta en luminoso fluido, en brillante corriente aniquiladora de tinieblas. Acopla tu voluntad de vivir a tu afán de bondad, y haz que la lámpara de tu espíritu resplandezca con su luz más pura. Enciende tu lámpara. Tu lámpara es la profecía de un nuevo lucero. Vesper de tu cielo es tu lámpara. Sus resplandores proyectan en el Sendero maravillosas perspectivas psíquicas; su luz inalterable proviene de la Fuente de Luz del Universo, que es Natura, cada rayo de su luz es una gran virtud que riel a nuestra pobre materia. Sé puro como la nieve pura que adorna como cimera de eternal belleza las extensas y blancas crestas

del Himalaya: así alumbrará mejor tu oculta lámpara. Rózate con el Dolor; vive y dormita en el propio camastro del Dolor: así los resplandores de tu lámpara tendrán una brillantez incomparable. Sé fuerte. No te dejes vencer por las artificiales tentaciones del mundo; aniquila también la influencia fatal de los sentidos: así comprenderás el inefable beneficio de la Luz.

Para alumbrar el Sendero, ha menester la lámpara de los mil destellos; la lámpara que fosforesce en todos los vericuetos de la Vida. Enciende tu lámpara y mira dentro de ti. Mira

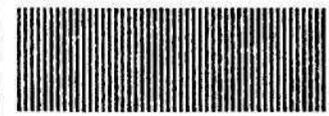
dentro de ti y verás como la Luz Eterna columbra como sorprendentes constelaciones, y te muestra calamidades que tú puedes subsanar, miserias que tú puedes remediar, *mue*rtos a quienes puedes levantar... Enciende tu lámpara, y haz de ella altar y pebetero sagrados. Adórala como al mejor icono; cuida de que jamás se apague, porque lámpara sin luz, es como ojos que no ven, como cuerpo sin alma, como corazón que no siente.

M. MEDINA GONZÁLEZ



Divulgaciones

EL AMOR



El amor es el arma de que se vale la materia en el hombre, para que éste cumpla a su vez, como todas las modalidades, el fin reproductriz reintegrador, necesario a la conservación cuantitativa de la substancia constituyente de la Naturaleza.

Algunos filósofos y teólogos han sustituido al ente Dios de las religiones por el de la madre Naturaleza, a veces no menos místico. Pero este prejuicio tiene su justificación, pues a tal grado parece informar acto de conciencia en los hechos que se operan en el conjunto de los seres y que constituyen el todo Naturaleza, que fácilmente se explica se quiera hallar en ello lo que no es otra cosa que el efecto de la pugna físico-químico-mecánica por la existencia, adaptada a este fin. A esa pugna se ven obligadas todas y cada una de las formas para conseguir la conservación y desenvolvimiento, por y para la reproducción de la vida, derivada ésta e impuesta por la evolución, ciegamente transformadora, de las reacciones de la materia, iniciadas desde el origen de ella y fundamentales de su existencia.

Como no es posible hacer aquí el estudio minucioso del proceso seguido por las formas de la materia, desde las más simples hasta las más complejas, estudio que hubiera de evidenciar el mecanismo físico-químico a que se debe el conjunto de las mismas que integran

la Naturaleza, me circunscribiré a la sola exposición de algunos datos que me permitan comprobar y apoyar el tema motivo de este trabajo.

Una vez hubo quedado constituida la mónica, quedó con ella establecido el fundamental y único elemento de que todas las formas no son sino simples asociaciones o conglomerados, y ultimado, por tanto, el proceso físico-químico de la substancia gaseosa originaria, que pudiera llamarse creador. Esta célula, formada por una membrana revestida de una suerte de filamentos, prolongaciones de sí propia, llamados pestañas vibrátiles o pseudópodos, que la sirven a los fines de su nutrición y translación; por una substancia protoplásmica, de cuya sintetización se forma el núcleo que ocupa el centro, la ultrasintetización de cuyos elementos produce el nucleolo o mancha germinativa en las asociaciones o conglomerados que constituyen las categorías más complejas de las formas superiores; esta célula, digo, una vez llegada al límite del desarrollo que para su existencia consiente el medio, éste la fuerza a realizar su desdoblamiento o división, pudiéndose afirmar, por consiguiente, que la célula no tiene otro objeto ni cumple otro fin que el de la reproducción, perfectamente físico-química y mecánica de sí misma.

Ahora bien: siendo la criatura un conglo-

merado de estas células, es claro que su personalidad, efecto del proceso vital de cada una y de todas las que la integran, ha de responder necesariamente a los mismos fines que la célula cumple, siendo el individuo, como así es, una célula que tiene por finalidad exclusiva la de dividirse, desdoblarse o reproducirse, por lo cual y para lo cual obtiene y conserva la existencia.

Esta finalidad, que es fundamental y supone el objetivo de la vida de la totalidad de los seres, se halla implicada, de una manera absoluta, en las formas todas de la reproducción. Así se observa, que los vegetales se desarrollan sola y exclusivamente para elaborar los elementos de la reproducción, siendo muchas las especies de éstos que desaparecen una vez han cumplido esta misión. No menos de igual forma, ocurre por lo que hace a las especies animales, pues hay algunas que una vez hecha la postura de los gérmenes de la reproducción, desaparecen, y otras en que los machos, realizada la fecundación, o son devorados por las hembras o bien mueren.

En las especies animales superiores, la necesidad genésica es determinada, en las hembras, por la madurez dispositiva para la procreación de los óvulos o células reproductoras, y en los machos, por la no menos necesidad de expandir al exterior los gérmenes de la fecundación, siendo en los dos sexos esta facultad el porqué de su existencia, dado que con ello repiten y cumplen la ineludible y única finalidad fundamental a la vida de las organizaciones de la materia, en todas sus manifestaciones.

En la humanidad, los términos de esta cuestión no hay posibilidad de que pudieran ser de manera diferente, repitiéndose en ella, por tanto, el mismo fundamental proceso a que obedecen todos los demás seres. Y tanto es esto así, que los sentidos y sus órganos, en la criatura humana, no tienen otro objeto ni tienen otro fin que el de servir de instrumentos a la economía del individuo, para buscar, por medio de la manifestación de los sentidos, los principios que la son precisos para la necesaria renovación de los elementos que han de conservar la vida y facilitar el imprescindible desarrollo de la personalidad. Esta personalidad y esta economía, tienen por único motivo

el de realizar el trabajo de ultrasintetización de sus principios, que supone la elaboración de los elementos de la procreación, que han de cumplir la misión reproductora de la célula que representa en su conjunto la personalidad, sin otras variantes de ella para con las demás especies. que las que pone en todo la facultad subjetivadora de sus hechos, peculiar de la criatura humana.

La facultad subjetivadora del hombre permite a éste llamar amor a lo que no es otra cosa, como se ve por todo lo que dejo expuesto, que el hecho, absolutamente físico-químico, de la desdoblación o reproducción de la célula que el conjunto de la personalidad representa, y para cuyo cumplimiento, en armonía obligada con lo que interesa al equilibrio y conservación de la especie y en consonancia con los refinamientos del desarrollo intelectual de los individuos, se hallan los incentivos que entre sí se ofrecen los sexos con la multiplicidad de sus tipos y el definitivo del espasmo venéreo que la cópula brinda. Dichos incentivos no existen en tanto la criatura precisa de los elementos de la nutrición para su desarrollo fisiológico, y desaparecen una vez hubo cumplido el sujeto el fin procreador por y para el cual vive, sin que tengan ningún valor, en contra del criterio que dejo expuesto, los aspectos morbosos del amor de los místicos autosugestionados en tal sentido, de los cuales pudieran citarse como casos extraordinarios el de los amantes de Teruel y los coloquios materialmente amorosos de la sonámbula Teresa de Jesús, y precisamente con este mito, etcétera, etc. Tales aspectos, sin que escapen en su fondo a los principios biológicos fundamentales a todos los casos, son manifestaciones francamente aberrantes de inteligencias patológicas por degeneración orgánica, que tienen el marco propio para su estudio en la clínica, no pudiendo ser, por tanto, un dato que siquiera hubiese de atenuar la conclusión mecánico-materialista del amor, que he procurado dejar probada.

DAVID DIAZ

La que supo vivir su amor

por Higinio Noja Ruiz

Novela altamente sugestiva e interesante, de asunto hondamente simpático y de intensa emoción, la cual viene obteniendo un éxito franco y merecido.—Precio, 4 pesetas.—Pedidos a esta Administración.



Si viviera usted en el año 2123...

(Continuación)

IV

Respecto a la aplicación de la Biología a la vida humana, el profeta mediocre parece contentarse con un progreso considerable en Medicina y Cirugía; algunas mejoras en cuestión de plantas y animales domésticos, y, posiblemente, la introducción de unos pequeños eugénicos. El eugénico oficial, un compuesto, según parece, de policía, sacerdote y procurador, nos regenerará, conduciéndonos, a intervalos convenientes, al templo, local de *Venus Genitrix*, con una compañía escogida por algo así como un sublime protomedicato. A esto arguyo que quienes lo profetizan tienen poca imaginación y escaso conocimiento de la naturaleza humana. El matrimonio *por número*, por decirlo así, fué una novedad cuando Platón lo propuso; pero ya se ha practicado en varios lugares, especialmente entre los súbditos de los jesuitas del Paraguay. Es, por otra parte, muy probable que se alcancen de otra manera los fines del eugenista.

Dos puntos deben notarse, a propósito de las invenciones biológicas. Es el primero, que todas han tenido profundos efectos éticos y emocionales, constituyendo algunos hasta la base de una religión.

El segundo punto es más difícil de expresar. Del juego al vuelo, no hubo invención que no fuese recibida como un insulto a algún dios. Pues si toda invención física y química fué una blasfemia, toda invención biológica es una perversión.

Consideremos el sencillo y venerable proceso de ordeñar una vaca. La leche, que era un lazo íntimo y casi sacramental entre la madre y el hijo, es extraída por los diestros y lascivos dedos de una moza, y bebida, cocida, y hasta podrida, para transformarla en queso. No tenemos más que imaginar que bebemos cualquiera otra secreción de la vaca, para palpar la indecencia de nuestra relación con ella. No menos repulsivo, *a priori*, es el proceso de corrupción

que produce el vino y la cerveza. Pero ahora, el proceso de ordeñar, y de hacer y beber cerveza nos parece naturalísimo; ha llegado hasta crearse un rito propio, cuya infracción tiene un aire de suciedad. Hay algo repulsivo en la idea de ordeñar por electricidad, o de beber cerveza en tazas de té.

La invención biológica tiende, pues, a comenzar por una perversión y acabar en un rito, sustentado por creencias y prejuicios cerrados. Hoy la limpieza quirúrgica está desarrollando sus ritos y dogmas, que, debe notarse, van siendo aceptados religiosamente por las mujeres. Con los hechos mencionados, en la mente os pido me excuséis lo que a primera vista parezca improbable o indecente en cualquier especulación que haya de seguir, y que abandonéis la creencia de que la Biología consistirá meramente en descubrimientos físicos y químicos aplicados a hombres, animales y plantas. Digo *consistirá*, porque de Biología no sabemos nada, hecho que no perciben los biólogos, y que les hace tan presuntuosos de su posición actual, como modestos en sus esperanzas para lo futuro. Si nos fijamos, por ejemplo, en un caso típico de la Biología comparada, como la separación y destrucción del bacilo del cólera, encontramos en ello una gran suma de ciencia; pero el único principio biológico puro que entraña es el muy importante, aunque poco profundo, de que ciertas bacterias matan al hombre. Los partes realmente científicos del proceso están en los métodos ópticos y químicos de aumentar, teñir y matar el bacilo. Cuando, por otra parte, llegamos a la inmunización contra el tifus, hallamos en ella ciertos principios biológicos puros, pero ni sencillos ni completamente entendidos.

Actualmente, la teoría biológica consiste en algunas antiguas y no bien establecidas verdades relativas al organismo en general, debidas, en gran parte, a Aristóteles, Hipócrates y Harvey; unos grandes principios, como los formulados por Darwin, Mayer, Claudio Bernard y

Mendel, y una gran masa de hechos acerca de los organismos y sus partes, que aun esperan adecuada generalización.

Los resultados de Darwin empiezan a ser apreciados, con efectos alarmantes, sobre ciertos tipos de religión; los de Weismann y Mendel se digerirán en el curso del presente siglo, y afectarán también profundamente a las teorías políticas y filosóficas. Casi no necesito decir que aquellos últimos resultados se refieren a la reproducción y a la herencia. Debemos esperar, además, que en el curso del tiempo se produzcan choques semejantes a los del darwinismo contra las opiniones establecidas sobre toda suerte de cuestiones. No podemos precisar qué choques habrán de ser; pero las opiniones que han de ser contrariadas están arriesgadas y son irracionales; serán acogidas por nosotros y nuestros descendientes con el mismo aire de presunción y escándalo con que recibieron nuestros abuelos la hipótesis de que descendemos del mono. Mas, debido a la dichosa capacidad que tiene el hombre para pensar encerrándose en compartimentos impenetrables, no ocasionarán inmediatos efectos disruptivos, como no los produjo tampoco el darwinismo.

V

Mucho más profundo será el efecto de las aplicaciones prácticas de la Biología. Creo que el progreso en la Medicina ha tenido casi el mismo efecto en la Europa occidental que la revolución industrial. Aparte de las importantes consecuencias sociales que han dimanado de la sustitución parcial del sacerdote por el médico, su resultado más claro ha sido que, si hace cuatrocientos años la mayoría de los seres morían en la niñez, viven ahora, por término medio, cuarenta años, prescindiendo de la última guerra. Por muy malas que sean las condiciones de nuestras ciudades, no hay un lugar en el país en que la mortalidad infantil alcance a una tercera parte de la de una familia real de la Edad Media. Y en gran parte, a consecuencia de esto, la religión ha venido a interesarse cada vez menos en una buena muerte, y cada vez más en una buena vida, cambiando, por tanto, gradualmente, sus miras. La muerte ha pasado tan a segundo término en el panorama de nuestros pensamientos normales, que cuando llega-

mos a cierto contacto con ella durante la guerra, apenas si la tomamos en serio.

De un modo semejante, las instituciones basadas en las vidas cortas, decayeron completamente. Por ejemplo, el régimen inglés de la tierra requería que el terrateniente muriese hacia los cuarenta, y fuese reemplazado por su hijo mayor a eso de los veinte años. El hijo había consumido en la heredad la mayor parte de su vida, y tenía, fuera de ella, pocos intereses. La manejaba tan bien como cualquiera otro pudiera hacerlo. Ahora, el padre renquea hasta los ochenta años, y es, por lo general, inútil desde diez años antes de su muerte. Le sucede su hijo a los cincuenta, es decir, a una edad en la que podría ser un buen coronel o comerciante, pero no puede esperar a aprender el arte de llevar una tierra. La encomienda, pues, a un agente, que está desprovisto de toda iniciativa, y es con frecuencia inmoral, o la gobierna por rutina; obtiene bajo provecho, y adscribe al bolchevismo lo que realmente debiera poner a la puerta de la vacuna.

Mas, para volver al futuro, si puedo usar la expresión, voy a sugerir unos cuantos desarrollos que parecen obvios en el presente estado de la ciencia biológica, sin comprometerme en nuevas generalidades de tipo darwinista. Tengo los mejores precedentes para presentar un mito acerca de este punto, y así tal vez pueda excusarme si reproduzco algunos extractos de un ensayo sobre la influencia de la Biología en la historia del siglo XX, que será leído, probablemente, por tal o cual obtuso alumno de esta Universidad (Cambridge) a su profesor, en su primer curso, dentro de doscientos años:

“Ya en la primera década del siglo XX hallamos una tentativa consciente de aplicación de la Biología a la política en el llamado movimiento *eugenista*. Buen número de personas serias y ajetadas, habiendo descubierto la existencia de la biología, trataron de aplicarla, en su entonces primitiva condición, a la producción de una raza suprahumana, y en ciertos países lograron fomentar copiosa legislación. Procuraron, según parece, prevenir la transmisión de la sífilis, la locura y otras dolencias análogas, y consiguieron ciertamente despertar el odio y la oposición más violenta de las clases en las cuales estaban aquellos a quienes miraban, con alguna ligereza, como padres recusa-

bles. (Hubo hasta una rebelión en Nebraska.) Sin embargo, prepararon éstos, indudablemente, a la opinión, para lo que había de venir, y rindieron efecto útil. Mucho más importante fué el progreso en Medicina, que desterró las enfermedades en aquellos países que estaban preparados a tolerar la intromisión del Estado en la vida privada; y, por último, después de la Liga de 1958, en todo el mundo, aunque debido a la contumacia de la India, en varias zonas de la tierra persistió la morbilidad hasta 1980.

Pero desde un punto de vista más amplio, la obra biológica más importante del primer tercio del siglo correspondió a la Zoología y a la Botánica experimentales. Cuando consideramos que en 1912 Morgan había localizado varios factores mendelianos en el núcleo de *Drosophila* y modificado su *sex-ratio*, mientras que Marmorek había enseñado a un bacilo inofensivo a matar cerdos de Guinea, y finalmente, en 1913, había desarrollado embriones de conejo en sueros durante algunos días, es notable cuán poco los trabajadores científicos de aquellos días—y, *a fortiori*, el público en general—parecen haber previsto el alcance práctico de tales resultados.

El hecho es que hasta 1940 no descubrió Selkovski el alga púrpura, *porphyrococcus fixator*, que había de influir tan considerablemente en la historia del mundo. Desde cincuenta años antes, el rendimiento medio del trigo por hectárea habíase duplicado, en parte por el empleo de varios abonos químicos, pero, sobre todo, como resultado del trabajo sistemático del cruzamiento de razas; sin embargo, quedaban pocas esperanzas de adelantar en tales cuestiones. El *porphyrococcus* es un fijador del nitrógeno de enorme eficacia, y se desarrolla en casi todos los climas, con tal de que haya agua e indicios de potasa y fosfatos en el terreno. Produce en cuatro días el mismo efecto que una cosecha de algarrobas en un año. No podría haberse producido naturalmente, porque sus inmediatos predecesores crecen sólo en ambientes artificiales, y no podían vivir fuera del laboratorio. Dondequiera que el nitrógeno era el principal limitador del desarrollo de la planta, dobló el rendimiento del trigo y cuadruplicó el valor de los prados. El enorme descenso de los precios de los alimentos y la ruina de los Estados puramente agrícolas, fueron, sin duda, las causas principales de los desastres en 1943 y 1944. La

plétora de alimentos se acentuó gradualmente cuando la especie "Q" del *porphyrococcus* escapó al mar y se multiplicó con rapidez sorprendente. En efecto; durante dos meses, la superficie del Atlántico tropical se convirtió en una masa gelatinosa, con terribles consecuencias para el clima de Europa. Cuando ciertos organismos desarrollaron fermentos capaces de digerirlo, fué tan grande el incremento de las especies marinas, que el pescado llegó a ser alimento universal, como sigue siéndolo, e Inglaterra se bastó a sí misma con respecto al alimento. Y fué tal la prosperidad de Inglaterra, que en aquel año la Unión de mineros de carbón presentó su primer caballo en el Derby (una carrera que aun se celebraba anualmente).

Como resultado de esta invasión del *porphyrococcus*, adquirió el mar ese matiz púrpura intenso, que nos parece tan natural, pero que tanto entristeció a los más finos estéticos de la generación que hubo de presenciar la metamorfosis. Es verdaderamente curioso para nosotros saber que el mar fué un tiempo azul y verde. No voy a detallar los trabajos de Fergusson y Bahmatullah, que en 1957 obtuvieron el líquen que ha contenido la arena movediza de los desiertos (pues son continuación del de Selkovski); ni he de entrar tampoco a contar cómo los países agrícolas afrontaron la inoculación con grandes proyectos de energía aérea.

I. B. S. HALDANE

(Continuad.)



ESTUDIOS

REVISTA ECLECTICA MENSUAL

PRECIOS DE SUSCRIPCION.—PAGO ANTICIPADO

Para España, Portugal y América: Un año (12 números)..... 6'50

Para los demás países: Un año (12 números)..... 8'50

Incluido el número Almanaque de 1.º de año.

La suscripción puede empezarse en cualquier mes.

Número suelto, 50 céntimos

A corresponsales y librerías el 20 % de descuento, libre de gastos de envío.—Se desean corresponsales.

Toda correspondencia, giros, etc., dirijanse al Administrador: J. Juan Pastor.—Apartado 158.-VALENCIA (España).



En esta Sección publicaremos un juicio crítico de todas aquellas obras cuyos autores o editores nos remitan dos ejemplares.

Camino de Perfección, por Carlos Brandt.—Cultura física, cultura moral y cultura intelectual, es decir, salud, bondad y sabiduría, constituyen el ideario de "Camino de Perfección", ideario que Carlos Brandt trata con singular pericia.

Es interesantísimo este libro. Como todos los que salen de la pluma de este escritor, verdadero orientador del Naturismo, a quien tan hermosas páginas se le deben. Su estilo claro, sencillo, sin dejar de ser brillante, hace asequible a todas las inteligencias los problemas más abstrusos y logra que las cuestiones más áridas resulten, tratadas por él, tan agradables como las páginas de una novela. A estos méritos une una sólida cultura y una copiosa erudición, además de un amor encendido hacia la humanidad, mal educada y peor regida.

Por todo esto nos simpatiza este escritor aunque no compartimos algunos aspectos de sus teorías.

En el criterio de Brandt, por ejemplo, la enfermedad es necesaria para la salud, pues ella elimina del organismo sustancias morbosas y nos impele a preservarnos de ellas. No nos convence esto, la verdad. La enfermedad es, sin duda alguna, una consecuencia de nuestro absurdo género de vida, pero admitir que es necesaria para que abramos los ojos a la razón y nos enmendemos, equivale a reconocer la virtud educativa del castigo, virtud que el mismo Brandt rechaza con bastante buen sentido. No. El dolor físico es completamente innecesario y estúpido. El dolor nos hace progresar, mas no el dolor material, pues de no ser así tendríamos que recomendar al hombre que en lugar de estudiar para avanzar por la senda sin fin del progreso, se dé de cabezadas contra las paredes. Nosotros creemos que la enfermedad sólo alecciona y obliga a observar una vida sana e higiénica al que posee condiciones morales para ello, y éste no esperará a que la enfermedad le dé una lección: se anticipará a ella.

Tampoco compartimos la opinión de Brandt de que el individuo para ser moral debe sacrificar su yo en beneficio de la colectividad. A nuestro juicio, la sociedad es al individuo lo que la cuadrícula al dibujo. No aceptamos la teoría del sacrificio como moneda de buena ley. Ni creemos en los que se sacrifican. El hombre hasta cuando alcanza el límite máximo del altruismo, se mueve obedeciendo a su interés propio. La especie no le interesa sino en cuanto ésta puede contribuir a su dicha personal. Claro que nos simpatiza el individuo que, afectado ante la infelicidad humana se preocupa por atenuar las causas de tal infelicidad, pero no reconocemos en él a un altruista que se sacrifica por la dicha de los otros, desde el momento que actúa en ese sentido porque es la única manera de hacerse feliz a sí propio. Sacrificio sería obrar contrariamente a los dictados de nuestra razón y de nuestra sensibilidad.

Naturalmente, el día que el mayor número vea la imposibilidad de ser feliz mientras sobre la faz de la tierra exista un solo desgraciado, ese día, la desdicha que nos azota se habrá atenuado mucho, mas no será porque el individuo se sacrifique por la especie, sino porque cada uno de por sí procurará su propio bien y verá que éste sólo se logra con el bien de todos.

Aparte de esto, los escritos de Carlos Brandt, en general, nos proporcionan un grato solaz y nos instruyen en muchas cosas útiles.

"Camino de Perfección", último libro que le hemos leído, es uno de los que más nos han gustado. En él hace galas el autor de su extensa cultura y de su elevado humanitarismo, al par que nos orienta de una manera certera hacia un vivir mejor. Nada perderá quien lo lea.

La mujer, ¿es superior al hombre?, por Margarita Leclerc.—En líneas generales nos agradan estas conversaciones espirituales que con un estilo ágil y nervioso, una claridad de conceptos y una erudición muy

notable, nos ofrece en este libro Margarita Leclerc. Nos gusta, además, su valentía.

Sin embargo, no podemos dejar de señalar algunos de los errores de que, según nuestro juicio, adolece lo que podemos llamar el ideario de esta escritora.

Parece ser que en el criterio de Margarita Leclerc, el hombre y la mujer, antes que semejantes que se completan, son antagonistas que luchan a ver quién puede más. No es extraño esto. Realmente, hasta ahora, así ha venido sucediendo no sólo entre mujer y hombre, sino entre todos los seres humanos entre sí, sin distinción de sexos. El hombre no es el hermano del hombre. Es su enemigo. Las condiciones de vida en que nos desenvolvemos así lo determinan. Por eso no extrañamos que esta escritora presente la cuestión bajo ese aspecto, aunque nos apena. Teníamos derecho a creer y a esperar que las mujeres cultas que ansiosas de conquistar un porvenir mejor se lanzan al estadio de la lucha, tuvieran una visión más amplia del problema, ya que la cuestión a dilucidar creemos no debe ser la de tratar de emancipar una mitad de la especie en detrimento de la otra mitad, sino la de liberar a todo el género humano. Nada más justo que procurar la emancipación de la mujer si no existiera la necesidad de emancipar la humanidad. Y esto no dejará de ser un sueño mientras no dejemos de considerarnos enemigos. El primer paso que tiene que dar la mujer hacia su emancipación es conceptuarse y ser de hecho, la colaboradora del hombre en su lucha por la creación de un mundo mejor.

Otro error de esta escritora estriba en sostener que la mujer es superior al hombre. No hace mucho honor a la mujer esta afirmación. ¿Cómo se explica que siendo superior al hombre se haya dejado esclavizar por él? No. En nuestra opinión, no es ni superior ni inferior. Es nuestra igual. Es importantísimo hacer constar esto. En la escala infinita de las humanas actividades, no hay superiores ni inferiores. Hay solo individuos bien o mal educados que encuentran o no encuentran su camino. Una mujer con aptitudes y vocación para la música, a poco que las circunstancias la ayuden, será un músico más notable que yo que carezco en absoluto de capacidad musical. Pero eso no quiere decir que esa mujer es superior a mí des-

de el momento que yo puedo superarla en otras actividades para las cuales no posea ella iguales disposiciones. Y en todo igual.

Tampoco compartimos la creencia de Margarita Leclerc cuando supone que el día que la mujer tome en sus manos las riendas del Poder, las cosas marcharán como una seda. En ese aspecto somos en extremo pesimistas.

La mujer fracasará en el poder, como ha fracasado el hombre, sin haber logrado la paz social y la felicidad humana. La felicidad no será un hecho mientras exista quien desee gobernar. Únicamente será posible esa felicidad cuando, como dijo Lamennais, sólo exista en la sociedad un poder moral cuya influencia la ejerza sobre el corazón del pueblo el que más ame.

Esto nos ha sugerido el estudio del interesante libro de Margarita Leclerc, y con toda sinceridad lo expónemos. Creemos que esta escritora posee preparación suficiente para hacer una obra comprensiva y justa y por eso hacemos estas apostillas. El problema a resolver no es demostrar que la mujer nos supera —cosa que de resultar cierta no nos molestaría lo más mínimo—ni si debe mandar u obedecer. El problema es que, unida al hombre, labore por la dignificación y superación humanas. Tal es, al menos, nuestro criterio, del que no hacemos un dogma.

H. NOJA RUIZ

Tres comedias en la oficina, por Alfonso Longuet.—Editorial "Nuestro Tiempo", Buenos Aires.—Un librito interesante y ameno en que el autor traza de mano maestra y con esmerado estilo algunos tipos de oficinistas muy corrientes. El servilismo, la miseria, la peronalidad borrosa del empleado de oficina, resaltan en estas pápinas con una propiedad singular, perfectamente lograda.

Comprensión sea la ley, por J. Krishnamurti.—Está formano este folleto por las respuestas íntegras que a las preguntas que en el séptimo campamento de la Orden de la Estrella celebrado en Ommen (Holanda), le fueron formuladas a Krishnamurti. El contenido de este librito es por demás interesante, especialmente para los aficionados al estudio de la Teosofía.

Rosa, comedia en tres actos, *por Gabriel Vázquez*.—Poco afortunado ha sido el autor en esta obra. El asunto que ha elegido, está demasiado trillado. Mal dibujados los personajes. Las escenas mal dialogadas. La trama mal urdida y mal desarrollada. Un libro mal escrito es tolerable cuando el autor tiene muchas cosas interesantes que decir y las dice, pero Gabriel Vázquez no se halla en ese caso. Lamentamos de todas veras no poder elogiarle.

El verdadero amor: La felicidad, *por Augusto Floreal*.—Contiene este opúsculo algunas máximas de higiene y moral y diez ejercicios de reflexión que, según el autor, pueden hacernos perfectos y, por lo mismo, felices. En todas las páginas resalta un misticismo cristiano que da fe de las creencias del señor Floreal. Nosotros creemos también que por el amor llegaremos a la perfección y por ésta a la felicidad. Lo que no vemos es la posibilidad de amar en la época que soportamos. Mientras vivamos como ovejas entre lobos, todas las máximas morales resultarán de una lamentable inutilidad en la práctica. No pueden brotar flores en la superficie compacta de una roca.

La guerra, drama en tres actos, *por Eugenio Navas*.—Ediciones "Teatro Selecto", Buenos Aires.—El sentimiento que inspira esta obra es el odio a la guerra. No es poco, en verdad. Sin duda alguna, el drama, como tal drama, no está bien escrito, pero le salva la idea generosa que guió la pluma del escritor. Después de todo, más vale un libro de hermoso contenido y estilo desmañado, que otro escrito de mano maestra pero vacío de sentido.

Carlos amaba..., novela, *por Pín de Pílara* (Crispulo Gutiérrez).—El autor de esta novelita es minero y cuenta veintidós años de edad. Con eso está dicho todo. Ya es bastante atreverse a escribir para el público habiéndose uno formado a sí mismo, llevando, además, la pesada carga de un trabajo tan abrumador como el de las minas. Una novela escrita en tales condiciones, tiene un mérito indudable. Por eso felicitamos al autor y le estimulamos a perseverar en el camino emprendido.

La superstición médica, *por Carlos Brandt*, y **Los enigmas de la ciencia**, del mismo autor.—He aquí dos libros muy no-

tables de este culto escritor tan conocido de todos los que se preocupan del naturismo. En ellos, el autor, con la claridad de conceptos y la erudición a que nos tiene habituados nos ofrece enseñanzas útiles y provechosas al mismo tiempo que nos demuestra de una manera indudable la impotencia de la medicina oficial para curar las enfermedades que ella misma engendra, y la manera de que cada uno sea médico de sí mismo.

En una palabra: Estos libros, como todos los de Brandt, no deben faltar en la biblioteca de toda persona que busque en la lectura algo más que un mero pasatiempo.

Minerva, Revista mensual naturista.—He aquí una Revista de la que con razón pueden sentirse orgullosos sus editores. Pulcramente impresa, presentada con un gusto exquisito, sirve de marco a un texto selecto ante el cual el lector forzosamente se siente atraído a leerla desde la primera a la última página. Su director, nuestro particular amigo y colaborador Carlos Brandt, no hay duda que pone su mayor interés para hacer de ella una publicación que se haga indispensable para todo hombre culto, y a fe que lo consigue plenamente. Sus propósitos atraen la simpatía desde las primeras líneas: "Minerva —dice en sus páginas de presentación— es una Revista destinada a propagar los ideales de la cultura física, moral e intelectual del hombre, para que éste pueda alcanzar su regeneración". Breves palabras que encierran todo un programa y una hermosa labor por la que bregamos hace tiempo en estas columnas. Sea bien venida y con vida imperecedera la estimada publicación hermana.—Los lectores que quieran relacionarse con *Minerva* pueden hacerlo a la siguiente dirección: *Minerva Publishing Co.*, 2130 Broadway, New York (U. S. A.)

Iniciales, Revista ilustrada de educación.—A la extinguida Revista *Ética* ha sucedido esta nueva publicación que supera a aquella tanto en la selección de sus colaboradores como en su presentación altamente artística. Los primeros dos números recibidos hasta ahora ostentan hermosos trabajos debidos a plumas de gran valía y de merecido prestigio.—Redacción y Administración, Apartado 694.—Barcelona.

SELECCIÓN LITERARIA

La Novela Mensual de ESTUDIOS**CON LA BANDERA EN ALTO****Por Joaquín Dicenta**

I

El camarín desbordaba de admiradores. El éxito de la tonadillera en sus nuevas coplas había sido extraordinario. Los comuniantes de aquel arte canalla, que La Perla interpretaba a maravilla, hacíanse lenguas de su mérito mientras cambiaba ella de ropa.

Por entre las cortinas que cerraban el tocador, salían vahos de perfume y emanaciones de agua jabonosa. Dentro sonaban las risas agudas de la "estrella", provocadas por un relato picaresco de su doncella Beatriz.

—¡Admirable, niña, admirable!—exclamó, entrando en el camarín, el revistero encargado de las "Varietéés" en un gran periódico—. Has estado "pipuda". Eres el "Non plus" ¡Menudo "bombazo" voy a "colocarte" mañana!

—¡Gracias por anticipado, Manolo!—respondió La Perla—. ¡Y chócate esas manos! Ahí te van, por la abertura del "portier".

De entre las sedas surgieron dos manos primorosas y unos brazos de alabastrina piel, bajo la cual serpenteaban, con trazo finísimo, el tatuaje azul de las venas.

—¡Choca!—gritó La Perla—. Y besa también, si te cumple; pero de muñecas arriba te prohibo pasar. Contigo hay que ponerse en guardia. ¡Eres muy goloso!

—Y digo, como la zorra de la fábula: "están verdes".

—¿Quién sabe, hombre, quién sabe?—repuso en tono de broma la de dentro—. ¡Eh!—siguió retirando los brazos—. ¡Cuando dije que pasabas de las muñecas!... A seguida salgo, señores.

Oyéronse en el tocador crujidos de telas y de broches. Los visitantes recogían aquellos crujimientos con beatitud, en planta de fieles que aguardan la presencia de su ídolo. A poco se alzaron las cortinas dando paso a La Perla, trajeada con un "fantasía" de crespones que dejaba al descubierto sus brazos, sus piernas y su busto.

Cubría el arranque de los senos un collar de brillantes. Dos "solitarios" relampagueaban en el lóbulo de las orejas, y una diadema, también de brillantes, ceñía los cabellos. En los brazos no había joya alguna; en cambio, sobre los dedos celebraban innumerables piedras preciosas certamen derrochón.

Al mostrarse la bella a la entrada del camarín, todos se pusieron en pie. El periodista la saludó a usanza árabe, cruzando las manos al nivel de los hombros y doblándose en semicírculo.

La Perla merecía esta adoración. En Grecia, hubiera servido de modelo a los escultores pericleos y triunfando de jueces antes y mejor que Friné.

Alta, con esbelteces ajenas a la delgadez, su imagen total exigía la reproducción en pentélicos mármoles. Sus ojos eran verdes, al igual de los de Minerva, pero más recordaban, por sus resplandores lascivos, los ojos de Venus que los de la protectora de Ulises.

Sus cabellos, de un rubio pálido, parecían rayos de sol cernidos por las neblinas de una aurora; su nariz era más graciosa que correcta; su boca, grande, de labios húmedos, de pareja y blanca dentadura.

—Basta de zalemas—dijo La Perla a sus tertulios—. Siéntense. ¡He de referirles un lance!... ¿No me oyeron reír a carcajadas en el tocador? Me lo ha contado mi doncella. Algo escandaloso, ¿eh?... No vayas a asustarte, Juanito. Lo digo al toque de que antes de conocerme, ibas para "Luis" y te quedan resabios.

El aludido, joven de diez y ocho años, ojeroso y enclenque, enrojeció hasta las orejas.

Educado por unos padres modelo de rigidez y mojigatería, extraño a los tratos del mundo, tuvo un domingo la buena o la mala ocurrencia de asistir al teatro donde la tonadillera triunfaba. Hablando en justicia, no fué la ocurrencia del mozo; lo fué de unos amigos que, no sin esfuerzo, lograron que les acompañase.

Ver, oír a La Perla y enloquecer de amor, fué todo uno para el neófito. Durante meses, olvidando las conferencias de los "luises" donde sus padres le hacían concurrir, asistió a los "vermouths" del teatro en que trabajaba su diosa. La adoraba de incógnito desde un rincón del anfiteatro. Con el dinerillo que los domingos recogía en su casa, compraba ramos de flores y cartuchos de dulces, enviándoselos a la tonadillera sin tarjeta e indicación algunas.

La florista dió noticias a Juana—así se llamaba la "estrella" en su cédula personal—del galán vergonzoso y de su rendido enamoramiento. Ella, parte por lástima, más todavía por curiosidad, hizo que se lo presentaran. A empujones, tropezando con los muros y con las sillas, entró el estudiante en el cuarto de su ídolo.

Desde aquella tarde, adiós "luises", adiós carrera, adiós paternales respetos. Para Juanito, solamente existían La Perla en este mundo y en el otro Dios, con permiso de La Perla, se entiende.

Los padres del joven, tenderos enriquecidos en fuerza de mermar a sus parroquianos el peso y la medida, y de realizar pingües usurarios negocios, dábanse ahora a la iglesia y a sus ministros, esperando de aquélla y de éstos el perdón de sus latrocinios y el acceso, previas dos o tres vueltas en la sartén del Purgatorio, a las bienandanzas celestiales.

Recogíanse pronto los arrepentidos mercachifles, y tenían pesado el sueño. Aprovechándolo y con auxilio de unas llaves, cuyos moldes obtuvo en cera, escapaba el enamorado todas las noches, para llegar antes y con antes al santuario de su diosa. Junto a ella permanecía, sin proferir palabra, devorándola con los ojos, recogiénola en ellos, sin duda al objeto de evocarla plenamente después.

Si en las escapadas finasen las picardías de Juanito, no trajeran grave daño a sus padres y a él; pero el mozo, queriendo probar a La Perla su amor con dádivas, más valiosas que los ramos de la florista, dió en la cuenta de que andaban por Madrid usureros fáciles a entenderse con los menores, siempre que éstos hubiesen pingüe herencia y declarasen, en documento público, pasar de los veintitrés años.

Picó Juanito en el anzuelo a fin de obsequiar con unos pendientes a su dama.

Una vez el camino abierto, echó a andar por él, decidido a poner su carne en fianza, si hacerlo convenía al halago de la rubia gentil.

Esta, sin reparar en los despilfarros del estudiante, sin suponer lo que en el futuro le significarían, los aceptaba con tierna gratitud.

—¡Pobre chico!—solía decir a su doncella—. ¡Su amor no es como el de los otros!... Ahí le tienes, va para medio año, sin pedir nada, sin molestarme con declaraciones ridículas. ¡De no ser tan feo!... ¡Aun así y todo!... ¿Por qué no?

—Señorita...

—¡Bah! El día menos pensado le saco de su purgatorio. Al fin y a la postre más que algunos se lo merece.

—¡Es feísimo!

Y de un feo vulgar. ¡Siquiera fuese de un feo extraordinario!... ¡En fin!... Cuando se hace limosna no vale saber quién la recibe.

Mientras llegaba la hora de percibir aquella limosna, el galán se iba consumiendo en la lumbre de su contenida ansia. Ajeno a cuanto no fuera La Perla, inmóvil, extático, era un mueble más en el lujoso camarín, una figurilla grotesca puesta en un rincón para entretener a los visitantes.

Si, forzado a hablar por La Perla, abandonaba su mutismo, lo hacía poniéndose de setenta colores y atragantándose a cada palabra.

Inútil es decir cuál sería aquella noche su vergüenza al verse objeto de las bromas de Juana.

—Pues sí—continuó ésta—; el caso es graciosísimo.

—¡Venga de ahí!—interrumpió uno de los tertulios.

—Ya saben ustedes, se sabe hasta en Belchite, que la mujer de Gemnis, ese atleta que levanta en el Circo pesos inverosímiles, está, mejor dicho, estaba en relaciones con el marquesito de la Cruz.

—Cara le resulta la inglesa.

—Y el hércules; porque, para la explotación amateur, el matrimonio constituye una razón social.

—No te adelantes, periodista. Lo cierto es que sin estorbo por parte del marido, el marquesito gozaba los favores de la hermosa extranjera. Ella, dicho sea sin bromear, le era completamente fiel.

—Hasta ahora—dijo el conde de Garantiza, oficial amante de La Perla—, exceptuando la fidelidad, el caso es corriente.

—¡Ya verás, ya verás!... Parece ser que de un mes acá el marquesito demoraba o regateaba las exigencias de la estirada londinense. No lo hacía el hombre de tacaño; lo hacía por estar en las últimas; los judíos se le pusieron de uñas, sus rentas resultaban insuficientes... Lo que ocurre cuando se estira la manga más de lo posible...

—Así es. Manolo está arruinado.

—De que lo estaba se enteró muy pronto la inglesa y determinó ponerle al fresco; pero el marqués se pegó a ella como una lapa. No la dejaba a sol ni a sombra. Inútiles fueron desprecios, repulsas, negativas... El ostra no se despegaba de la concha, dificultando la implantación de un sustituto. ¡Los hay muy "pelmas"; creármelo ustedes, señores!

—Recoja quien deba la indirecta—exclamó el periodista.

—Gemnis—siguió La Perla—, no tomaba parte en las escenas provocadas por el marquesito de la Cruz; pero como éste no se daba a partido fué preciso acudir a los grandes recursos. Anoche, luego de finalizar su ejercicio, entró en su cuarto el forzado gimnasta. Acompañábale un norteamericano que varea los dólares. El marqués discutía con la inglesa enfurruñadamente.

—Ketty—dijo el atleta, encarándose con su cónyuge—, este señor (por el americano) es la persona de quien te hablé anoche.

—Servidor—repuso el americano inclinándose—. Supongo—añadió—que estará usted conforme con las proposiciones que he tenido el honor de hacerle por conducto de Gemnis.

Tocó entonces inclinarse a la inglesa, en señal de consentimiento.

—Asunto arreglado—habló Gemnis—. Ahora—continuó dirigiéndose al marquesito—a lo nuestro. Desde hace tres meses *nos* viene usted explotando de una manera inicua.

—¡Yo!...—exclamó el de la Cruz.

—Usted, caballero; usted, que sin cumplir los tratos estipulados entre *nosotros*, regateándonos dinero al principio y no dando después ninguno, tiene la pretensión absurda de continuar sus intimidades con mi encantadora mujer. Eso, caballero, es una estafa. Usted deja incumplido *nuestro* contrato. Usted *nos* pretende arruinar. De mil formas corteses Ketty ha indicado a usted que se retirase. Yo no quería intervenir; pero en vista de su actitud, ¡qué remedio! *Nuestros* intereses lo exigen. Usted sobra aquí.

Gemnis, cogiendo al marqués de la pretina del pantalón con una sola mano, lo tiró contra la pared del pasillo, cerró la puerta y, metiéndose en el tocador, dijo, mientras corría los tapices:

—Charlen ustedes a su gusto.

—¿Qué tal Gemnis?—preguntó La Perla a sus oyentes.

—Es un marido que deja a los de Bocaccio en mantillas—contestó el revistero.

—Y ella... una *scortum*...—añadió un pedante que imaginaba seducir a La Perla, por obra y gracia de su empachosa erudición.

—¿Escor...? ¡Bueno! Como de costumbre, no entiendo lo que usted quiere decir, amigo; pero si es algo contra Ketty le prohibo que continúe. Del gimnasta diga usted lo que se le antoje. Ella, echando al marqués, ha hecho perfectamente. Ahora es la suya. La de todas nosotras. A buen seguro que ni a ella ni a mí se hubieran acercado los ricos, los grandes señores, cuando pedíamos una limosna, en los puentes de Londres Ketty, yo en las aceras de Madrid. Si ella no brillara en el Circo y yo en este escenario, si no nos presentásemos a los hombros llenos de joyas y de encajes, ¿qué nos ofrecerían éstos?; lo que a otras desgraciadas, más hermosas que nosotras tal vez, pero obligadas a ir por la calle con vestidos de munición, mendigando, como una gran dádiva, las diez pesetas que yo doy a cualquier botones cuando me trae de parte de X o de Z un ramo de flores o una caja de dulces. ¿Nos buscan por el lujo que desplegamos, porque somos una "atracción"? Pues, amigo, que paguen sin regatear, y si se arruinan que se vayan o se peguen un tiro. A nadie llamo. El que venga ya sabe cómo ha de venir. Si se asusta, que ahueque el ala. No faltará quien ocupe su puesto. ¡Digo yo, que no faltará!—terminó la tonadillera irguiéndose en toda su estatura, escorzando el busto, ciñendo la cintura con sus dedos cubiertos de sortijas, y desafiando, con sonrisa triunfal, a aquellos hombres, sujetos, esclavizados al yugo de su carne todopoderosa.

Juanito, sin darse cuenta de la acción, fué resbalando de su asiento y quedó ante Juana de rodillas, con las manos juntas y los ojos en éxtasis.

Al verle en tal postura, los otros varones rompieron a reír.

—No vale reír—exclamó La Perla con imperio. Después de todo, éste hace en público algo menos de lo que todos vosotros habéis hecho en privado.

—¡Y se le han saltado las lágrimas!—siguió, inclinándose hacia Juanito y pasándole sus dedos de seda por los párpados. ¡Pobretín! Quizás seas el único que me quiere de veras. Tendrá premio tu adoración. Esta noche me acompañarás en el automóvil, tú solo, solito, hasta la puerta de mi hotel.

—¡Juana!—exclamó Garantiza, adelantándose con enojo.

—¿Qué hay?—contestó ella, mirándole hito a hito.

—Nada, mujer, nada—repuso humildemente el prócer.

II

La Perla despertó muy tarde, estirando los brazos, retorciéndose a todo el ancho de la cama sin hallar obstáculos a la expansión de sus nervios y de sus músculos.

—Aunque no fuera más que por desperearse a satisfacción, sería una gran felicidad dormir sola.

Y la joven, luego de rodar felinamente entre las holandas que cubrían el lecho, llamó al timbre suspendido en la cabecera.

Al llamamiento acudió Beatriz.

—¡Tarde amanecer!—dijo.

—¿Qué hora es?

—Las doce y media.

—¡Soy una marmota!... Abre las maderas y los cristales si no hace mucho frío.

—¿Frío? Un sol de primavera entra por las ventanas.

—Pues abre; ¿qué aguardas?

La súbita irrupción de la luz hizo entornar los ojos a La Perla. El sol penetró de golpe en la alcoba, envolviendo con una gasa de oro el cuerpo de la hermosa, medlo cubierto por la sábana.

Al sentir la caricia tibia del astro, la joven sonrió, sus párpados fueron alzándose con lentitud, y a un brioso empuje de sus pies y de sus rodillas, cayeron las sábanas, dejando en franca desnudez aquella carne domadora de hombres y de públicos.

—¿Preparo el baño?—preguntó la doncella.

—Sí. ¿Han venido cartas?

—Como siempre. A docenas. Encima del *secreter* las puse.

—Tráetelas.

Beatriz, cogiendo del mueblecito la bandeja de plata en que estaba la correspondencia, la entrego a su señora. Esta sacó, de entre las hojas de un libro que había en su mesa de noche, una plegadera de marfil, y comenzó a rasgar los sobres.

—¡De Garantiza!—murmuró, arrojando al suelo, sin concluirla de leer, la carta primera que abrió—. Me pide perdón por su enfado de anoche, y me suplica que le autorice para venir a tomar el té y para acompañarme al *vermouth*. ¡Valiente majadero! ¡Si no fuese tan rico!... ¡Seguramente supone que Juanito subió conmigo a casa!... ¡Que sufrá! No seré yo quien le desengañe. Así se emperan más. Garantiza me trae esta tarde un obsequio.

—¡Diga usted que sí, señorita!—respondió la doncella desde el cuarto de baño, inmediato a la alcoba—. ¡A los hombres, a zapatazos!...

—¡Oh!—continuó La Perla, abriendo cartas y más cartas—. ¡Eche usted declaraciones y ofrecimientos!... Seis, siete... ocho... Como dijera a todos "Sí", no iba a tener bastante con las veinticuatro horas del día. Pues ¿y los empresarios?... Me reclaman en nombre de sus públicos, que están deseando aplaudirme. "¡Pida usted por esa boca!"—escriben casi todos—. Este de América me hace proposiciones que conviene estudiar. No me seduce pasar el charco; pero hay que pasarlo alguna vez, y cuanto más joven, mejor. Por supuesto, tú vendrás conmigo.

—Iré donde mande la señorita.

—Sí, porque mi madre... Mejor es que nadie la conozca. Mi padre... Como no lo lleve a América en clase de bocoy. ¡Curda más asqueroso!... La verdad es que mi familia vale bien poquito. Por supuesto, igual sería yo, si Enrique no me hubiese cogido por su banda, educándome, civilizándome, haciendo de mí una mujer completamente nueva. ¡Mucho tengo que agradecerle!

—Agradézcaselo a usted misma. Ni él la hizo a usted guapa, ni le dió esa gracia y ese talento y esa voz que vuelve locos a los públicos.

—Cierto; pero sin él, ni yo ni nadie nos hubiésemos enterado. Por eso le quiero, y ocurra lo que ocurra, siempre que venga a mí será el preferido; y siempre que me necesite, todo cuanto yo tenga estará a su disposición. ¿Que es un charrán? Bueno. ¿Que a veces me sangra el bolsillo a todo chorro? Porque lo necesita. Cuando lo gana, no lo viene a pedir. De todas suertes, él me sacó de aquella vida. ¡Qué vida la de entonces!—murmuró con angustia.

Mientras Beatriz preparaba el baño, y el agua caía dentro de la taza de mármol, en espirales bullangueras, el ayer de La Perla fué desfilando como una cinta cinematográfica por entre los cros del sol.

Primero su infancia, transcurriendo en una casucha del Puente de Toledo, entre una madre, lavandera hurafia y soez, y un padre, mozo de cuerda, siempre borracho, siempre con los puños dispuestos a batanear a la madre y a la hija. El hermano único de Juana no recibía tantos golpes del padre. ¿Por cariño de éste? Porque los sabía esquivar, y apenas aportaba por el domicilio común, viviendo, en unión de otros golfos, de la busca y del mendiguelo.

Aquel hermano desapareció pronto de Madrid, y nunca más se supo de él.

Quedaron los padres y la hija. Esta, una sanquilara de ojos azules y cabellos rubios, inevitablemente sucios y enmarañados, ayudaba a su madre en el lavoteo y porte de la ropa. Por el remoquete de "La Mocosá" la conocían en el barrio. Y tenía bien merecido el alias, porque nunca faltaban arroyuelos gelatinosos en el trayecto que separaba su nariz de su boca.

Mal alimentada, recibiendo de sus engendadores trato peor que el alimento, vestida de harapos y llena de churretes, fué creciendo la niña. Por escuela tuvo los clásicos lavaderos del Manzanares, los desmontes de las Vistillas y las charcas del Puente; por ejemplos, los que le ofrecían,

amén de las vecindonas y las crías de las vecindonas, la lavandera blasfemante y el mozo de cordel alcohólico. Así fué creciendo, espigándose, hasta que una noche primaveral, no siendo plenamente mujer, un golfo, cualquiera—al presente ignoraba sus señas y su nombre—, se adueñó de la muchachuela, y pudo llamarla “mi fulana”, como ella a él “mi fulano”.

Poco duraron aquellos amoríos; otros les siguieron, que la chica dió en ir de golfo en golfo, sin conceder importancia a los cambios.

Esta perversión, nada productiva, llegó a preocupar a los padres y a hacerles caer en la cuenta de que puesta a andar en malos caminos, debía la muchacha andarlos con provecho y levantando algo más que polvo a cada tropezón que diera.

También cayeron entonces en la cuenta de que su hija estaba hecha una buena moza, y de que trajeándola algo decentemente y obligándola a lavarse unas miasas, a sonarse los mocos y a quitarse del pelo liendres y enredijos, llamaría la atención de los hombres, porque tenía el busto saliente, el talle gentil, la dentadura blanca y los ojos envidadores.

No fué difícil convencer a la moza; algo más difícil resultó entrarla por las vías de un relativo aseo. Una vez en ellas, previas formales estipulaciones que la lavandera y el mozo de cordel suscribieron con “la Zeneque”, maestra en tercerías, abastecedora de juventudes con destino a los tratantes y matarifes que pueblan la calle de Toledo, acogió aquélla a la neófita en su casa.

¡Y qué casa la de “la Zeneque”!

En una encuestada y angosta callejuela, alzaba sus muros ruinosos. La puerta, de una sola hoja, daba acceso a una pequeña habitación que, debiendo ser portal o, todo lo más, recibimiento, convirtió la dueña, por méritos de su cercanía a la calle y de su extensión espaciosa, en salón de visitas.

Una mesa-camilla, cubierta de tapete rojo con ramos amarillos, alzábase en el centro, frente a la puerta de entrada.

Era, esta mesa, mueble absolutamente necesario en el prostíbulo; bajo ella poníase el brasero los días invernales; asentaban a su alrededor “las pupilas”, a entretener su aburrimiento, en las horas de escaso negocio, revolviendo los naipes sobre el tablero, unas veces jugando a *la raposa*, otras haciendo solitarios o siguiendo, con supersticioso interés, las predicciones de “la Zeneque”, doctora en el arte de “echar las cartas”.

Servíase en dicha mesa las comidas. En las horas del aseo, se transformaba en tocador. Colocaban las mujeres los espejos de mano sobre el tapete, donde se confundían peines mellados, horquillas, postizas pelambreras, corchos quemados con que tiznar los ojos, lápices de carmín con que pintar labios y mejillas, botes de polvos y menjurjes estucadores de la cara; todo ello necesario a la mejor presentación de la mercancía.

Frente a la mesa, en el muro del fondo, una vieja cómoda lucía un San Antonio, preso en una campana de cristal. Remataban el mueblaje unas cuantas sillas semirrotas.

Como adorno, veíanse, pegadas a las paredes, oleografías de periódicos ilustrados, con retratos de toreros y cupletistas.

Una escalera de desiguales escalones daba acceso al piso superior, donde, unos cuartos pequeños, mal ventilados, y unas camas de sábanas poco limpias y colchas de percal esperaban a sus alquiladores.

Allí vivió Juana, bajo el imperio soberano de “la Zeneque”, entregándose a las brutales solicitudes de matarifes, tratantes y soldados.

¡Y menos mal, mientras los hombres llegaban pacíficos y sin ganas de escándalo!

Pero esto sucedía pocas veces; los más entraban en la casa dando tumbos; sobre todo los sábados. Era día de cobro. ¡Entonces, entonces sí que había que tener paciencia para soportar a los parroquianos, borrachos como cubas, y oír sus maldiciones y sus juramentos!

¡Y si todo en palabras quedase!... Pero no faltaba el borracho a quien se le iba el alcohol a las manos haciéndolas subir, no precisamente para acariciar, al rostro de las hembras. No faltaban tampoco *las juergas*, rociadas con vino malo y aguardiente peor, animadas por chistes soeces y por canallescós cantares

Juana no se quejaba como no se quejaba ninguna de sus compañeras. Llegó a parecerle aquella vida lógica, natural, y la vivía pasivamente, sin avergonzarse.

El dinero ganado por ella repartíanselo entre sus padres y "la Zeneque". Si conseguía hurtar algunas monedas al husmo de la celestina, eran para entregárselas a un chulillo dedicado a este oficio que heredó—según él mismo aseguraba—"de su señor padre, que en gloria estaba".

En aquella forma vivió Juana, hasta que otra tercera, dueña de una casa del centro de Madrid, le dijo:

—Con tu juventú, con tu cara bonita y con ese cuerpo que Dios te ha dao, no debes seguir donde estás. Vente a mi casa; allí va otra gente y se gana más.

—Buena se pondría mi madre...

—¿Y qué tié que ver ella con eso?

—Casi ná... Es muy amiga de "la Zeneque", y sabe que, en tan y mientras siga yo donde estoy, será pa ella la mitá justa de lo que gano.

—¿Y a ti te parece bien? No seas creatura. Ven conmigo, y el dinero que te roba tu madre déicalo a comprarte ropa y a guardarlo pa ti. Tú lo ganas, y no es de ley que otros se lo lleven.

Razón llevaba la mujer, Juana dió en pensarlo. Un día salió de casa de "la Zeneque" diciendo "hasta luego" y echó camino del centro de Madrid, buscando en otro domicilio más libertad y mayor respeto a las monedas que sabía sacar de su industria.

Hubo protestas de sus progenitores y aun intentaron acudir al juez para que instruyera una causa de minoría y volviese a su poder la joven. No lo hicieron; alguien, versado en leyes, les hizo ver que todos los perjuicios serían exclusivamente para ellos, únicos causantes del encanallamiento de la hija.

Juana empezó desde entonces a rodar de mancebía en mancebía, recorriendo todos los peldaños de la escala del vicio, y ascendiendo en categoría cada mudanza.

De tal forma pasaron dos años para la gentil criatura. Acreció en ellos su belleza, fué su ingenio agudo despertándose con el trato de compañeras menos soeces, de varones menos incultos; aprendió a deletrear en periódicos y folletines, a garrapatear letras manuscritas y a tener a raya a sus padres, que si continuaban explotándola no lo hacían sino en la medida que lo toleraba ella.

Así las cosas, acudió Juana cierta noche a "los altos" de Fornos, invitada por unos señoritos.

La "juerga" estaba en todo su apogeo cuando entró, en el gabinete de Fornos, Olimpia; tal era el nombre a que Juana, por aquellas fechas, atendía.

Sobre el aparador alineábanse, descorchadas, nueve botellas de champagne. Una, mediada, y seis, en perfecta virginidad, aguardaban la hora de verterse contra las copas de ancho borde. Fiambres de toda índole cubrían la mesa, amén de bandejas con pasteles y dulces, de cestiillos con frutas.

El Jerez había sido declarado cesante en la cena de primera hora.

Al champagne se acudía, que eran los señoritos ricos y gastosas las hembras que les acompañaban.

Como es de rigor en tales diversiones, no faltaban "los flamencos" de guitarra y de "cante".

Allí estaban el estupendo "tocador" "Manos de oro", quien, según sus admiradores, hacía llorar a una esfinge y sentir a una roca. Para cantar, acompañados por el "non plus" de la cejuela y de las clavijas, vinieron "Tacón", rey del "cante", a pesar del número, ya nada corto, de sus años; "El Niño de la Patrona", simpático charrán de la Cava, que ponía el mingo en "bulerías", y "El pollo de Andújar", maestro supremo en malagueñas, cartageneras y "tarantas".

Por que nada faltase, se llamó también a Finito, un "bailaor" por todo loailable, que hablando parecía mujer y moviendo las caderas en "la falseta" de los "tientos" parecía mucho más.

La entonces Olimpia era muy popular entre los "flamencos". Por indicación de uno de ellos fué invitada a la juerga.

Se la recibió copa en puño y "¡Olé!" en boca. Tres botellas de champagne se descorcharon

en su honor; "Manos de Oro" preluvió la Marcha Real; los "cantaos" jalearon en trío a la recién llegada, y el "bailaor" hizo una pirueta que le mantuvo tres segundos flotando en la atmósfera.

Aquella noche y en aquel sitio conoció Juana a Enrique, un músico invitado por los caballeros, que empezaba a adquirir renombre en los escenarios y era maestro en la confección de tonadillas y cuplés.

Cantó Juana unos tangos; probó su destreza en dos o tres bailes flamencos; demostró, sin alardes, su gracia natural y su ingenio más de una vez durante la cena, y Enrique, ya prendado, por su belleza, de la joven, hubo de asegurarle que a poco esfuerzo y siguiendo las enseñanzas que él le diese, no le sería difícil ocupar entre las cupletistas un sitio, si a los principios muy modesto, mejor siempre que el ocupado actualmente por ella siendo mercancía de todos, yendo de unos en otros hombres como pelota de frontón.

No le parecieron mal a Juana los consejos del músico. Mejor le pareció todavía el músico, y desde aquella noche vivió con él y para él en un pisito de la calle Mayor.

No abundaban los muebles en la habitación del artista, pero había los suficientes a dos personas y aun a las visitas, si no eran muchas.

Enrique atendió a los gastos de Juana mientras duró su aprendizaje. Ya en condiciones de éxito, la tonadillera debutó en un teatrillo de mala muerte, con ropa alquilada, única que el músico, empeñando todo lo empeñable, pudo conseguir.

La Perla triunfó ante un público poco exigente. Era muy hermosa, cantaba con afinación y bailaba con exquisita gracia. A más sabía sonreír con tan pícaro gesto y mirar con mirar tan provocativo, que los hombres se electrizaron, y, puestos en pie, hicieron a la debutante una frenética ovación.

Siempre ayudada por Enrique, fué ganando en sueldo y fama. Un empresario berlinés la contrató para treinta representaciones; pasó de Berlín a Viena, a París, a San Petersburgo... Cuando a los cuatro años de ausencia se presentó al público madrileño en un teatro de importancia, era toda una "estrella" a la cual dedicaban columnas impresas los diarios; planas enteras, con retratos en varias posturas, las ilustraciones; tiras especiales las carteleras de espectáculos.

El mérito de la tonadillera respondió a los ofrecimientos hechos en el reclamo. El público de Madrid enloqueció por ella; los hombres se arrastraban en planta mendicante a sus pies, ofreciéndole oro, joyas, cuanto exigiese a cambio de unas horas, de unos meses de amor...

Ella, en la cúspide de su triunfo, aceptaba desdeñosa los particulares homenajes, pateando fortunas, despilfarrándolas, sin pensar en el porvenir, haciendo leyes sus caprichos, caprichos que sus adoradores debían satisfacer sin discutirlos, fueran los que fueran y costasen lo que costasen: aunque tales satisfacciones significaran el caudal o la vida.

La Perla no ponía atención en semejantes pequeñeces. Como los conquistadores, marchaba impasible entre las ruinas y la sangre, imponiendo el poderío, el despotismo de su carne a los hombres que antes la despreciaban y zarandearan a empujones lascivos, de un extremo a otro del arroyo.

Venía la hora del desquite y, La Perla, la aprovechaba sin remordimientos, sin piedad. Si algunos sentía eran momentáneos: pronto se eclipsaban en el recuerdo de los días trágicos de miseria, de abyección, de ignominia.

Recordándolos, frunció Juana el ceño. Poco duró su enojo. Al ver su cuerpo, acariciado por el sol, reflejarse en la luna que enfrontaba su cama, el ceño áspero trocóse en sonrisa triunfal; irguió el busto, saltó del lecho, y envolviéndose en un batón de felpa, echando hacia atrás la cabeza, dejando que sus cabellos rubios descolgaran al largo de su espalda como un manto de emperatriz, dió al aire el estribillo canallesco de su favorita canción:

¡A mí qué,
a mí qué,
si por mi cuerpo
se pierde usted!
Yo también me perdí
y ninguno tuvo
lástima de mí...

III

La noche del beneficio el teatro rebosaba público. Localidad hubo que se adquirió por diez veces el precio. En algunos palcos formaban los hombres racimo. En las localidades altas entraban las personas a cufia. El vaho de la respiración formaba, a ras del techo, una opaca neblina.

Las cocotas de más renombre lucían en las plateas y entresuelos sus trajes llamativos, sus espléndidas joyas, sus carnes barnizadas por el afeite. Los acompañantes de estas hembras, vestidos de frac, puestos detrás de ellas en pie, conversaban en alta voz, mientras ellas dirigían sus gemelos en todas direcciones, saludando a los íntimos, pasando revista a sus compañeras de oficio, haciendo mil gestos y arrumacos para atraer la atención.

No faltaban en algunos palcos señoras, verdaderas señoras, que acudían al espectáculo solicitadas por la fama de la tonadillera. Las acompañaban sus maridos, graves y sesudos señores, que, fingiendo acceder al capricho de sus consortes, se daban, una vez más, el gusto de contemplar y ovacionar a la deliciosa mujer que traía a Madrid revuelto.

Y todo Madrid, el "todo Madrid" de las gacetillas, llenaba el teatro la noche del beneficio de La Perla.

Sonaron los timbres; rompió la orquesta en sensuales acordes; se hizo el silencio, alzóse el telón y la beneficiada se presentó en el escenario.

Una salva ensordecedora de aplausos acogió su presencia. Ella, conmovida, palideciendo bajo el colorete, se dobló sobre la cintura en cortesía humilde, en reverencia a su verdadero señor, al único a quien respetaba y temía: al público.

Vestía La Perla un fantástico traje azul, una combinación de gasas que a cada movimiento descubrían una desnudez.

La dueña de tantas y tan ricas joyas no ostentaba ninguna. Su adorno exclusivo eran flores. Un collar de rosas liliputienses descolgaba por su garganta en hilillos color de sangre; una diadema de pensamientos formaba sobre el oro de sus cabellos prodigiosos esmaltes; dos anchas pulseiras de claveles bermejos y amarillos ceñían sus brazos; sus dedos, libres de sortijas, se apoyaron contra el corazón en testimonio de gratitud honda; después subieron hasta la boca, y recogiendo de los labios un beso, lo lanzaron contra la sala, con voluptuoso ademán de abandono y entrega.

Ya no fueron aplausos; fueron aclamaciones estruendosas, en cuyos acentos vibraban ansias de posesión, las que respondieron a la caricia de La Perla. Esta, con pícaro sonrisa, llevando un índice a su boca, invitó al silencio. Inmediata fué la obediencia; preludiaron los músicos una canción y la copla subió al espacio, modulada por la voz vibrante de la tonadillera.

Tenía aquella voz, refiriendo una obscena aventura, tonos virginales que, uniéndose al gesto candoroso, a las actitudes inocentes, adoptadas en los pasajes más escabrosos por la actriz, daban, por el contraste entre lo que se decía y el cómo se decía, mayor erotismo al relato, despojándolo de la desvergüenza vulgar, empleada por otras cantantes del género.

Esta ingenuidad, estas actitudes y entonaciones de mozuela cándida que refiere lo que ha oído contar, sin comprender su intención y su alcance, constituían uno de los grandes secretos de La Perla para entusiasmar a sus públicos. Añádanse a ello su hermosura, su gracia señorial, su elegancia, y se comprenderá fácilmente la supremacía que gozaba sobre sus compañeras.

Al finalizar el espectáculo el entusiasmo desbordó. Ramos y más ramos de flores inundaban la escena; blanquísimas palomas, adornadas con cintas de todos colores, revoloteaban en torno de la actriz. Ella, con las manos sobre el corazón y los ojos llenos de lágrimas, saludaba a su público, que no cesaba de aplaudir, negándose a abandonar la sala, prolongando la ovación a su favorita.

Cuando La Perla regresó al camarín, hubo de abrirse paso, no sin dificultades, entre los cientos de admiradores que se apiñaban en los pasillos para confirmar su éxito, para acompañarla con aplausos y vivas hasta donde la aguardaban sus íntimos.

—¡Un momento, por piedad, un momento!—balbuceó, dejándose caer en una butaca—. ¡Estoy rota! Es una emoción demasiado fuerte. ¡Qué público tan bueno!... ¡No merezco ni la mitad! ¡Gracias! ¡Gracias a todos!...

En su rostro, transfigurado por el triunfo, temblaba la sangre, extendiendo sobre la piel matices color rosa; sus labios sonreían, y sus ojos, sus divinos ojos esmeralda, miraban sin ver, abstraídos en la evocación de aquella sala donde miles y miles de espectadores acababan de proclamar su soberanía.

El camarín era una exposición de flores, de joyas, de artísticas y valiosas ofrendas. "Cestos" monstruosos se amontonaban a lo largo de las paredes, encima de las mesas, entre las sillas, en los ángulos del recinto.

Sobre un largo tablero, acondicionado exprofeso para recibirlos, estaban los otros regalos, las joyas, los objetos de arte... Entre los primeros sobresalía un aderezo de esmeraldas ofrendado por Garantiza. Entre los segundos, un busto de La Perla modelado por famoso escultor. De Juanito eran unos pendientes de rubíes. Presas en un broche de berilos campeaban dos hermosas camelias. Tarjeta alguna decía quién fuese el autor de tan delicado homenaje.

—Supongo—exclamó Garantiza, luego que pasaron unos minutos, los precisos al reposo de su adorada—que tu cansancio no nos privará del champagne de honor que te hemos preparado en el Ideal Room...

—¡De ningún modo!—respondió La Perla—. La alegría no mata. Ya estoy completamente bien. En un periquete me cambio de ropa y voy a reunirme con los invitados e invitadas. No se olviden, los que tienen ese papel, de recoger a mis compañeras y de conducir las al banquete. En el Ideal nos reuniremos. Ahora, despejen. Tú me acompañarás, Alberto—añadió, dirigiéndose a Garantiza.

—¿Y yo no puedo acompañarte?—dijo un nuevo admirador, que en traje de viajero acababa de presentarse en el camarín.

—¡Enrique!—gritó La Perla, dirigiéndose hacia el recién llegado, con los brazos de par en par abiertos—. ¡Tú!... ¡Sin avisar!...

—No he querido hacerlo, a fin de darte una sorpresa; pero cuidé de enviar como heraldos esas dos camelias.

—¿Son tuyas?

—Mías. Encargué a Fernando que te las mandase sin indicar la procedencia. Quería entregártelas en persona cuando bajaras del escenario. El rápido tuvo la culpa. Llegó con retraso de dos horas. De suerte que ni tiempo a mudar de atavío; desde la estación derecho aquí en un automóvil. Conste que hice el viaje exprofeso para asistir a tu beneficio.

—¡Gracias, Enrique, gracias!...

Y La Perla apretaba cordialmente, fraternalmente, las manos de aquel hombre, del músico ya ilustre, que glorificaba el nombre de España en los extranjeros países, y que años atrás fué algo más que su amante, el hombre que la sacó de la abyección y de la miseria, abriéndole el fastuoso camino que hoy recorría triunfalmente.

—Ya saben todos estos señores—continuó la tonadillera—que siempre, siempre ocupas el primer lugar en mi afecto. Este caballero—agregó, dirigiéndose a sus tertulios—es el gran artista don Enrique Alvarado. Todos ustedes me han oído hablar de él. Gracias a él soy quien soy, y pueden ustedes alternar conmigo. Por supuesto que nos acompañas al Ideal Room.

—Tú dispones.

—Pues, nada. Voy a quitarme el traje de luces y en seguida soy con ustedes. Los demás pueden retirarse y aguardarnos allí. Tú y Garantiza esperaréis. Iremos los tres en mi automóvil.

—A tu disposición—contestaron los favorecidos.

Al entrar en su tocador La Perla, se puso densamente pálida y se desplomó en una butaca, engarfiando sobre las entrañas sus dedos.

—¿Qué le pasa a usted, señorita?—preguntó Beatriz.

—El dolor. Este dolor maldito que me abrasa desde hace días.

—¡Si había cesado!

—Pues vuelve, y vuelve con más fuerza.

—¿Quiere usted que vayamos a casa?

—De ninguna manera. Ya se va pasando. Si durase mucho sería cosa de morir. Anda, desnúdame; pero con cuidado, sin ajetreos, porque me fatiga mucho moverme.

La Perla, dando un gran suspiro, dejó caer su cabeza contra la butaca.

IV

Obligada por los comensales hubo Juana de ocupar el sitio de honor. Junto a ella asentaron Enrique y Garantiza; los demás fueron haciéndolo conforme a sus gustos, inclinaciones o deberes.

De treinta no pasaban los "íntimos" e "íntimas" de la tonadillera. En mujeres estaba lo más sobresaliente del gremio: La Alondra, famosa por sus cantos norteños y por sus carnes duras y apetitosas de asturiana; la Carito, gran desvergonzada, maestra en la música chulesca y en los bailes escandalosos; la Emperatriz, una gitana de ojos verdes y cintura flexible, que ponía sobre los escenarios, cuando cantaba o bailaba, el alma entera de su raza, el poema sensual y bravío de su ascendencia indómita, de su casta, conservada, sin mezcla casi, a través de las naciones y los siglos; la Joya, más artista que ninguna de sus compañeras, capaz de ocupar puesto meritorio entre las grandes actrices cómicas, pero dedicada a la tonadilla, porque este género se pagaba mucho mejor que el otro; la Lesbia, señora de alto rango en las tierras americanas, que, debido a su turbulento vivir, había roto todo género de relaciones con su mundo y brillaba en éste por su educación exquisita, por su ingenio, por su temperamento de verdadera artista y por su licenciosa conducta, que ante ninguna perversión hacía alto.

Seis u ocho mujeres más había de menos "cartel". Junto a ellas, enamorándolas, mendigando su preferencia y sus favores, asentaban hombres de grandes y bien ganados prestigios en el arte, en la ciencia, en las aristocracias de la sangre, de la banca y del toreo, aristocracia esta última, entre nosotros, a las restantes superior.

De todos triunfaba La Perla aquella noche, siendo centro en que convergían miradas y atenciones.

Verdad es que sabía corresponder a sus admiradores hablando a cada uno el lenguaje propio de sus aficiones y costumbres. Hablaba en alemán con el secretario de la germana legación; respondía en el más puro londinense a un agregado de la Embajada inglesa; discutía de arte con los pintores, escultores, literatos y músicos; a *Pacorrito*, pontífice máximo del toreo, le criticaba este o aquel pase, la estocada al quinto de Miura y las verónicas al primero de los Muruve; hasta del alza y baja de los fondos daba opinión al aplopético banquero Merouvel, representante de la banca judía.

Eran sus juicios acertados, sus ideas simpáticas. Sus conocimientos, escasos en realidad, parecían extensos, profundos, gracias a su gran espíritu de asimilación, a su claro y agudo ingenio. Los hombres la admiraban y la adoraban; en la admiración de las mujeres notábase un dejo de envidia, lo cual no estorbaba a que todas la agasajasen. Por ella se hubiera cambiado en aquel minuto la mejor.

Realmente, después del éxito alcanzado en su beneficio ante una multitud entusiasta, el champagne de honor con que la obsequiaban las "estrellas" del género y los más ilustres personajes del Madrid que da y quita reputaciones, era la consagración de su gloria, su entronizamiento como mujer y como artista, el desquite supremo de sus infantiles miserias, de sus ignominias de hembra en mercado.

—¡Chica—exclamó Enrique en un aparte, aprovechando el vocerío que los vinos de buena marca provocaban en los comensales—esto es el triunfo absoluto, definitivo. ¡La apoteosis de tu talento, de tu gracia y de tu belleza.

—A ti lo debo, Enrique. Tú me encaminaste y me educaste. Sin ti, nada sería. Por eso, aunque los antiguos amores se hayan trocado para nosotros en una fraternal amistad, bastará que tú digas "¡Quiero!", para que todos, todos, incluso Garantiza, dejen de existir para mí.

—¡Gracias, Juanita, gracias!

—No es hablar por hablar. ¿Quieres hacer la prueba?

—No hacerla es más conveniente para los dos. Sería volver a empesar, en perjuicio de nuestros mutuos intereses. Además...

—No sigas. Tus hijos, tu mujer... Cierto que fuera una infamia hacerles desgraciados. Pero, no es menester hacérselo. Esta noche me acompañas a casa, y mañana... Mañana volvemos a ser los hermanos de hace dos horas. Tú a tu familia, a tus éxitos de gran concertista; yo a entusiasmar públicos con mis canciones y a desplumar "primos" con esta belleza que modelaron una lavandera y un mozo de cordel.

—Eres encantadora.

—Pues esta noche mis encantos se hallan a la disposición de quien los supo descubrir dándoles un valor que nunca, sin tus consejos y enseñanzas tuvieron.

—¿Y ése?—interrumpió Enrique, por Garantiza, que hablaba con La Emperatriz.

—Ese, como los otros, bajará la cabeza y obedecerá. ¡Faltaría otra cosa! Todos, sabes, todos los que me llaman o quieren llamar suya, son unos mentecatos. Yo no soy de nadie. Soy el ama. El más enérgico, el más poderoso de estos hombres se arrastrará a mis pies, si lo mando, como un esclavo, como un perro, como se arrastra el pobre Juanito, que desde hace dos años es un mendigo de mi amor, en ayunas siempre, alimentándose de esperanzas como se alimentan los camaleones del aire.

—Te advierto que los camaleones comen.

—Puede ser; pero si comen al igual que come en mi amor ese bichejo humano, están frescos.

—¡El champagne! ¡El champagne!—gritaron multitud de voces a la vez.

—Vamos, conde—exclamó el periodista, dirigiéndose a Garantiza—, descorche usted la primera botella y llene el vaso de esta criatura "atorrante".

—¡Sí! ¡Sí!... ¡La primera copa la de La Perla; y cuando todas echen espuma por los bordes, que La Perla brinde el champagne!...

El conde, elegantemente, sin ruido, descorchó una botella de "Cordon rouge", vertió el líquido en finísimo chorro contra el vaso de su querida y llenó el suyo y el de Enrique, mientras diez tapones saltaban a la vez, y las copas, alzadas por los comensales, se teñían de oro y de nácar.

—¡A brindar! ¡A brindar en seguida, Perla!

Sujetando entre sus dedos el bohemio cristal, fué Juana levantándolo lentamente, en planta de sacerdote que a la divinidad oficia, hasta la altura de sus ojos.

En tal posición, sin proferir palabra, permaneció breves instantes, escorzado el hermoso busto, dejando que la eléctrica luz bruñera sus áureos cabellos, mostrando sus blanquísimos y menudos dientes entre el broche rojo de los labios. Su seno retemblaba al embate de la respiración, sus pupilas relucían provocadoras, húmedas; las ventanas de su nariz titilaban aspirando la cálida y perfumada atmósfera. Era una bacante disponiéndose a sacrificar en nombre de Venus, ante los altares del dios jocundo, coronado de pámpanos.

—¡Por esta noche—murmuró—que, gracias a ustedes, es la más hermosa de mi vida!

Al acercar el vaso a su boca, los dedos de La Perla temblaron, abriéronse sus manos, dejando caer contra la mesa el tallado cristal, un estremecimiento agitó de alto a bajo su cuerpo, crispóse su rostro con una mueca horrible y cayó contra la silla, prorrumpiendo en un grito ronco, en un alarido de bestia agonizante.

Antes que nadie, ni el más próximo, pudiera acudir en su auxilio, vino a tierra, retorciéndose en una tremenda convulsión.

V

En el gabinetito que el sol tenía costumbre de alegrar todas las mañanas con sus carcajadas de luz, y que las lámparas eléctricas, queriendo, en vano, competir con el sol, alumbraban espléndidamente de noche, reinaba una microscópica lucecilla, amortiguada en sus reflejos por doble pantalla de seda.

En la alcoba, donde tantas veces abriera triunfalmente sus alas el amor, aleteaba entonces la muerte, asomando su rostro sin carne por entre las sombras que envolvían el lecho.

Dentro de él, inmóvil, cubiertos los oros de su profusa cabellera por una gorrita de encajes, pálida, con enfermiza y amarillenta palidez, yacía, postrada por la calentura, La Perla. Sus labios reseco dejaban ir trabajosamente el aliento. Sus manos, caídas al largo del embozo, parecían marfil.

Junto a la cabecera asentaba Enrique, aguardando el arribo del médico, que hacía dos visitas diarias. En el gabinete velaba Beatriz leyendo una historia folletinesca.

Lo que al principio se juzgara indisposición pasajera, adquirió prontamente caracteres de grave enfermedad. La dolencia, según afirmó el médico, luego de reconocer con escrúpulo a Juana, venía de antiguo, disimulada por remedios caseros, por paliativos ineficaces que, en su afán de engañarse, empleaba La Perla con perjuicio de su salud.

Ella propia lo confesó, no sin resistirse a hacerlo durante días y más días. Sólo por obedecer los mandatos de Enrique que la amenazaba con abandonarla si no se entregaba al examen y tratamiento de un afamado especialista, permitió que la reconocieran e hizo la historia de su mal.

“Hacía mucho tiempo, mucho, dos años tal vez, que se adoloraban periódicamente sus entrañas. Al principio fué un dolor leve, como un alfilerazo, dado, por broma, a flor de piel. Poco a poco, despaciosamente, aquella molestia aumentó, no obstante el uso de ciertos remedios, hasta convertirse en un dolor agudo, igual al que sentiría si la punzasen con un acero hecho ascua.

“Desde algunos meses a entonces, los sufrimientos acrecían en dolor y en intensidad. Diríase que una fiera hambrienta hacía presa en sus entrañas, desgarrándolas con los dientes y con las uñas.

“Ya le aconsejaron que se avistara con un especialista en tal género de dolencias, que arros-trara una operación, si ella era menester. Pero otros consejeros le decían que su mal no tenía importancia, que a desarreglos nerviosos había que achacarlo; que ciertas operaciones resultan peligrosas, con peligro de muerte, y que, aun salvándose, la reposición sería muy larga, muy difícil, acompañada de trastornos que podían inhabilitarla para su oficio, o al menos perjudicarla en él, haciéndola bajar de categoría y de rango.

“De ahí que no se decidiera a un examen concienzudo y a adoptar el plan curativo que tal examen prescribiese. Ocultando a todos los progresos del daño, vivió, y hubiera continuado viviendo a no ser por el accidente de la noche de su beneficio y por la gravedad que la puso a punto de morir.”

Así habló La Perla, accediendo a los ruegos y a las amenazas de Enrique. Por su orden se avisó a una eminencia en la especialidad; celebróse junta de sabios, para más fuerza en el dictamen, y fué unánime acuerdo que, una vez restauradas las fuerzas físicas de la paciente, se

procediera a una operación, si arriesgada, única que ofrecía probabilidad de éxito, dado caso que no fuera ya tarde.

Veinte días iban transcurridos desde entonces, sin que los medicamentos consiguieran vencer la fiebre y restaurar las fuerzas de Juana. Celebróse nueva junta de médicos y resolvieron que, a pocos días, y a todo riesgo, se intentase la operación. El médico de cabecera indicaría el momento a su juicio más favorable.

No hay para qué decir que durante aquellos veinte días la lista puesta en el portal contaba por millares las firmas y por resmas los pliegos; en las bandejas se amontonaban las tarjetas.

Acudían gentes de todas clases, altas y bajas. Al fin y a la postre la tonadillera pertenecía a todos y justo era que todos se informasen de su salud.

Recibir, por mandato expreso de Juana, no se recibió a nadie, hecha excepción de Enrique. El mismo Garantiza se halló privado de ver a la enferma.

—¿Para qué ha de venir el conde?—dijo La Perla a Enrique—. Ese hombre sólo apetece mi hermosura; ahora estoy feílla. Recibiría una mala impresión. Vale más que se quede con la otra, con la que le hace arruinarse por mí. Si me restablezco, tiempo le queda de volver. Si me lleva Dios, ¿a qué recibir la visita de Dios con ese imbécil en la alcoba? Tú eres distinto, Enrique. El... Si yo quedase sin belleza y sin voz, como si no me hubiera visto en el "jamás de los jamases".

Tampoco quiso recibir a sus padres, que llegaron presurosamente al hotel, no por afecto, por ansia de instalarse antes y con antes en aquel "palacio", que la muerte de su hija les traería en herencia; por miedo a que otras manos que las suyas anduvieran con los billetes y los duros y se introdujeran, caso de sobrevenir una desgracia, en los cajones de los aparadores, en los estuches de las joyas, en los armarios para ropa blanca y vestidos, en la caja de oro con incrustaciones de marfil donde La Perla guarda el numerario y los resguardos y talones que acreditaban los miles de pesetas impuestos en las oficinas del Crédito.

"Nadie con más derecho que ellos a estos bienes si la chica estiraba la pata. ¡Así ocurriera la desaborición dentro de cien años, que ellos vivían ricamente, a boca qué pides! Pero vaya, que de haber "requiem", por el buen parecer y por mor del arreglo de los asuntos, ninguno como ellos, que la habían hecho, mantenido y educado."

Se hubieron de quedar con las ganas; su hija dispuso que siguiera atendiéndose al vivir de sus padres y que se les diera noticias diarias de su estado, pero a condición de que el dinero y las noticias los recibirían en su casa, sin añadir nuevos espectáculos tristes al que ofrecía la doliente.

Menester les fué conformarse. Lo hicieron, no sin protestar de lo que llamaban desatención y falta de cariño.

A quien se concedió entrada libre en el gabinete y en la alcoba de Juana fué al pobre Juanito. Allí se pasaba las horas atento, servicial, con actitud melancólica de perro fiel que ve sufrir a su amo.

—Este, sí; éste puede verme a diario—murmuraba La Perla, estrechando amorosamente las manos de Enrique entre las suyas—; para él, aunque la dolencia me convirtiese en un vestigio, seguiría siendo una beldad. ¡Qué una beldad! Su diosa. El infeliz me adora con igual devoción que adoran los salvajes a su ídolo.

VI

La habitación principal del hotel se dispuso para sala de operaciones.

Una mesa quirúrgica, construída expofeso, ocupaba el centro de la sala recibiendo luz de dos anchos y altos ventanales. Las cajas antisépticas, las de vendajes e instrumentos ocupaban lugar propio a su fin; un gran irrigador, que comunicaba con un termo accesorio, por níquelada tubería, descolgaba sobre la mesa de operaciones; las paredes se habían estucado; poderosos desinfectantes alejaban todo peligro de contagio. Por miles gastó las pesetas Enrique para subvenir a los gastos preliminares. ¡Qué remedio! La Perla no quiso ir a ningún sanatorio.

—Para algo tengo en el Crédit unas pilas de duros. Si me restablezco, pronto se repondrá la merma. Si no me restablezco, antes que mis herederos debe ser mi comodidad. Sobre todo, no quiero dar motivo a nadie para que suponga que dejo por tacañería mi casa.

Los repórters de los periódicos acudían frecuentemente en busca de noticias; los de las revistas ilustradas llevaban sus fotógrafos. La Perla, doliente, constituía mayor actualidad que La Perla en funciones. Publicáronse fotograbados de la sala de operaciones, de los médicos y ayudantes que iban a practicarlas, y, no hubo excusa, Juana tuvo que dejarse retratar en su alcoba, incorporada sobre las almohadas del lecho, ceñida la cabeza por una caprichosa gorrita, apoyado el rostro en una de sus manos y dejando caer la otra, con melancólico desplome, sobre la colcha de sedería azul.

Estaba encantadora. No obstante sus repulsas y dificultades para ponerse frente al aparato fotográfico, al ver reproducida a la vez en veinte periódicos su cara pálida e interesante, al leer al pie de las fotografías: "*La Perla* en el lecho donde se prepara para una grave operación"; al oír los elogios que de ella se escribían y los votos fervientes que se hacían por su cabal restablecimiento, tuvo un gesto de orgullo:

—¡Aun me recuerdan!—dijo—. ¡Aun me quieren! ¡Aun sigo triunfando de los hombres y de los públicos!... Mi vida está en su adoración y sus admiraciones. Tan lo está, que, luego de hojear estos periódicos, el miedo a sufrir, a morir mañana, ha huído de mi pensamiento y de mi corazón.

—¡Sufrir!... ¡Morir!—contestóla Enrique—. El sufrimiento dalo por descartado. Gracias al cloroformo, pueden abrirle a uno en canal sin que se entere da la carnicería. ¿Morir? ¿Quién habla de morir? El doctor Menéndez es un cirujano sin par. Nadie le aventaja en el mundo para esta clase de operaciones. La tuya es delicada, pero no hay peligro de muerte. Dentro de un mes estarás más fresca que una rosa y almorzando conmigo en Aranjuez, en El Escorial, donde gustes. He resuelto que la primera excursión de convaleciente la hagas conmigo, solita y de incógnito. En las convalecencias es preferible un hermano a un amante.

—¡Todo hace falta, Enrique!—exclamó Juana, poniendo sus labios en gracioso mohín.

—Ahora—siguió—, y por si acaso, es sólo por si acaso, Enrique, hazte cargo de las cosas de valor que hay en esta casa. Mira, en el armarito de caoba, en el cajón de doble fondo, tengo un escrito donde constan todos los valores y joyas que poseo. Coge las llaves y trae la nota, Beatriz. Enrique, tú revisa la nota y después, conociendo como conoces el secreto para abrir mi caja, si llego a morirme la abres y te incautas de todo para entregárselo a mis padres. No dirán que no pago con grandes intereses la existencia y la miseria que me dieron. Anda, Beatriz, anda y tráete la lista.

La doncella, a seguida de recoger el pliego, lo desdobló, leyéndolo de cabo a rabo. Algunas alhajillas faltaban en ella y algunas notas de dinero, repartido por diversos cajones. Recogió Beatriz en su memoria la lista de olvidos, y fué a entregar a su señora la lista de lo recordado y apuntado.

—Bueno—murmuró Juana, entregando el documento a Enrique—, guárdalo, y si me ocurre una desgracia...

—¡Te quieres callar, criatural... A ver si descansas un poco. Hay que estar fuerte para mañana.

—¡Mañana!...—balbuceó La Perla dejando caer su cabeza contra los almohadones—. ¡Mañana!...—repitió cerrando los ojos y poniendo las manos en cruz como quien se dispone a orar.

VII

A juicio unánime de cuantos presenciaron y auxiliaron la operación, fué una maravilla de habilidad y ciencia.

El ginecólogo famoso extirpó bravamente la entraña, salvando todos los peligros con sus manos expertas. La tarea fué ruda; el sabio reñía con la muerte un duelo implacable. Sólo cuando tuvo a la muerte subyugada, vencida, desfrunció el ceño y sonrió.

—¡Ea!—dijo con brusco acento—, cubridla bien y a la cama, cuidando de moverla poco.

Después, mientras se lavaba y desinfectaba con esmero prolijo los brazos y las manos, murmuró respondiendo a una pregunta que, en voz muy baja, le había dirigido su ayudante:

—Sí. Ha observado usted bien. En fin, el objeto principal se ha logrado. Tenemos mujer. Lo demás...

Hizo una pausa, y encogiendo con ademán franco de impotencia los hombros, continuó sus manipulaciones.

Juana, sujeta aún a la acción letárgica del cloroformo, fué depositada en su lecho con exquisitas precauciones. Tendida en él quedó, bajo la custodia de Beatriz, de una hermana de la Caridad y de Enrique y Juanito, que conversaban por lo bajo en el gabinete.

El operador salió del lavabo, dirigiéndose hacia la alcoba con su ayudante y con el médico de cabecera.

—¡Perfectamente!—dijo, luego de pulsar a la enferma—. La acción del cloroformo tardará algunas horas en desaparecer. Usted, hermana, ya lo sabe; si tiene la paciente náuseas, paños de vinagre, encima del labio superior, debajito de la nariz. Yo volveré a primera hora de la noche. Hasta después, Enrique; la operación ha salido conforme a mis deseos. ¡Ha sido una lástima que no se pusiera antes en cura!... Todas son lo mismo. Temen al bisturí y no temen al mal que se las come. ¡Vaya!... Hasta más tarde.

Los tres médicos, despidiéndose de Juanito y de Enrique, abandonaron el hotel.

Sin que el cloroformo la produjera molestias de importancia, fué Juana recobrando gradualmente la sensibilidad. Al principio sus ojos miraban sin ver, sus labios silabeaban frases inconexas; las ideas iban por el interior de su cerebro a tropezones, estorbándose las unas a las otras. Hacía gran calor y tenía los labios resecos.

—¡Agua!—murmuró, extendiendo la mano en dirección de la mesa de noche.

—Aun no puede usted tomar nada—respondió la enfermera—. Hay que conformarse con las prescripciones del doctor.

—¿Y cuándo me operan?

—Eso ya terminó.

—Sí, mujer—corroboró Enrique, que al oír la voz de La Perla había entrado con Juanito en la alcoba—. Va para cuatro horas que la operación se hizo a gusto y contentamiento del médico. Ahora, a reponerse, y como si no hubieses padecido mal alguno en tu vida.

—¿De veras? ¿Es de veras? ¿Ya no hay peligro?

—Uno. El que puedes traer tú hablando y moviéndote. De modo, que a callar y a estar quietecita.

—No temas, no temas. Me callo; no moveré ni las pestañas. Para conseguirlo voy a cerrar los ojos.

Y quedó inmóvil, silenciosa, embellecido el rostro por una placentera sonrisa.

VIII

El operador hizo su visita a la hora indicada. Era gran amigo de Enrique; casi tan enamorado de la música como lo estaba de su profesión.

Reconoció a la enferma, encontrándola bien; dió sus instrucciones a Sor Claudia y al médico de cabecera y se quedó a cenar con el músico, aceptando la invitación de que éste hizo extensiva al otro doctor.

—Acepten, y me prestarán un servicio grande. Desde hace un mes, apenas salgo de esta casa. Juanito y yo nos hemos dicho y contado cuanto uno a otro podíamos contar y decir. La conversación de Sor Claudia no es de lo más ameno. Sacándola de sus santos, de sus chismes, del hospital y de la añoranza de la tierra gallega donde la hermana vino al mundo, acabó la mujer. Con la mejoría de Juana, me he puesto de un excelente humor y lo quiero comunicar con personas de mi agrado y de mi interés.

—¡A ello!—dijo el operador.

—He avisado al Ideal Room para que nos traigan una buena comida; no tardará en estar aquí arriba de media hora. Interin llega, vamos al comedor y tomaremos un ajenjo, un vermouthe, lo que sea más de su agrado. Certifico la bondad de las marcas. Juanito nos acompañará.

—Como usted disponga, don Enrique—repuso el estudiante.

—¡Beban un sorbo a mi salud!—dijo La Perla, que seguía desde su alcoba la conversación de los hombres.

—Se hará, descuide usted, se hará—contestó el médico de cabecera—. Sor Claudia—siguió—, mucho cuidado hasta que volvamos nosotros. Reconózcala de vez en cuando por si se aflojan los tapones.

—No haya miedo. Los he revisado ahora mismo—interrumpió el operador—, y como no sea tirando de ellos, no cederán. Permitirá usted, querido Enrique, que avise a mi casa por teléfono. Aunque solterón, soy metódico, y no quiero que mi ayudante y mi ama de gobierno esperen y esperen, con el estómago vacío, creyendo que me he retrasado por cualquier circunstancia.

Terminada la cena, propuso Enrique que fueran a tomar en el gabinete el café y los licores. A cargo de Beatriz quedó este servicio.

—Duerme—cuchicheó la hermana, cuando los cuatro amigos entraron en la habitación.

—Hablares quedo.

—El sueño es profundo. A más he dejado caer el tapiz, y es lo bastante espeso para ahogar el ruido de la conversación.

—Pues vaya a cenar, que nosotros vigilaremos. Venga ese café, Beatriz.

Dejó el gabinete Sor Claudia, y los hombres comenzaron a hablar por lo bajo. Poco a poco, convencidos de que era profundo el sueño de La Perla, hablaron más alto. Algunas frases llegaban a la alcoba por una abertura del portier.

Hablaron, por fin, de la enferma, de los resultados de la operación, del restablecimiento más o menos próximo.

—¿De manera—preguntó Enrique—que el peligro de muerte ha desaparecido?

—Al menos, lo hemos retrasado para plazo no corto. Estos procesos cancerosos, aunque sea tarde, retoñan.

La Perla había despertado; pero al oír confusamente que se trataba de ella, no quiso que los de fuera se enteraran. Continuó inmóvil, con los ojos cerrados y el oído abierto, aguzado por la curiosidad.

—Teme usted...—siguió preguntando Juanito.

—Acaso; pero será en fecha muy remota.

—De suerte ¿que dentro de un mes la tendremos restablecida?

—Antes.

—¡Qué alegría para ella, volver a reinar en el entusiasmo de los públicos y en la adoración de los hombres!

—Eso...

—¿Qué?...

—Para el arte y para el amor La Perla es mujer concluída. Sólo en fuerza de reposo, de tranquilidad, podrá resistir a la muerte. Además, esta clase de operaciones matan la pasión y el goce y la belleza en la mujer.

La Perla abrió los ojos y los puso en el rayo blanco de luz que penetraba por la abertura del portier.

—¡Ah!... —dijo.

En sus pestañas se cuajaron dos lágrimas.

IX

Como de costumbre, Juanito se retiró a su casa antes de amanecer. Procediendo él así, sus padres seguían engañados, y el mozo, apenas sonaban las siete, con el pretexto de sus estudios, salía de su hogar y se encaminaba nuevamente al hotel de La Perla, no sin hacer alto en una iglesia, para rogar al Señor Todopoderoso que conservase la vida de la tonadillera.

Enrique, vencido por el sueño, se había echado, sin desnudarse, sobre un lecho dispuesto en la estancia vecina. Sor Claudía cabeceaba en el amplísimo sillón de cuero de Córdoba inmediato al lecho de la enferma.

La lamparilla eléctrica, empalidecida por la doble pantalla, mandaba a la alcoba los reflejos lívidos de su luz.

Juana, con los ojos puestos en las sombras amontonadas contra el muro, parafraseaba mentalmente las últimas palabras del cirujano:

“Es cosa muerta para la belleza y el placer.”

¡De suerte que todo había concluído! Desde aquella hora, si quería vivir, viviría ajena al dominio del público, al esclavizamiento de los hombres, al disfrute de todos los éxitos, de todos los goces y de todas las opulencias.

De La Perla triunfadora, dominadora, objeto de la admiración, del aplauso, de las más intensas pasiones, no restaría nada. A la vuelta de algunos meses sería un recuerdo; después, ni un recuerdo, una mujer envejecida, inútil, viviendo con sus escasos ahorros en un campesino rincón, para aguardar la muerte a la lumbre de la chimenea de campana o bajo los rayos del sol, cernidos por los pámpanos de un parral.

Este era el porvenir que la sentencia del doctor le brindaba.

Para no verlo contrajo fuertemente sus párpados.

Al cabo de un rato los alzó. Su imaginación y su voluntad iluminaron las sombras amontonadas contra el muro e hicieron desfilas por él, bajo una lluvia de átomos irisados, el espectáculo de la otra existencia, de la que aun no hacía dos meses gozó plenamente por vez última, cuando un público entusiasta arrojaba ramos de flores a sus pies; cuando cientos de admiradores se apretujaban en los pasillos del teatro, para recoger con pupilas ávidas los encantos de su cuerpo semi-desnudo; cuando los íntimos la acompañaron en cortejo de honor; cuando, alzando a la atmósfera la copa de champagne, proclamó su triunfo entre un coro frenético de vítores.

¡Y todo aquello no era ya! ¡Y lo tendría que dejar para siempre en plena juventud, a los veintisiete años!...

¡Adiós el lujo con que deslumbraba a las gentes, provocando la envidia, no sólo de sus compañeras, de las grandes señoras!... ¡Adiós las adulaciones de los empresarios que acudían a ella con las escrituras en blanco, suplicándole, casi de hinojos, que les concediera unas cuantas funciones!... ¡Adiós las horas felices, las más felices entre todas, de su aparición en los escenarios, de

sus canciones ante el público, de sus triunfos escénicos! ¡Adiós los lances en que, con orgullo satánico, se desquitaba de sus miserias inoceriles, haciendo que hombres poderosos se arrastraran como pordioseros a sus pies, mendigando caricias, a cambio de las cuales ofrecían su oro, su sangre, su honra!... ¡Adiós también los breves minutos en que daba su belleza por amor, sólo por amor!...

¡Todo concluía, para no volver a empezar!

¿Es que iba a resignarse? ¿Es que podía abandonar aquella existencia, trocándola por otra toda uniformidad, abandono y olvido?

No; aquello no fuera vivir; fuera agonizar poco a poco. Fuera dejar de ser, y dejar de ser, siendo.

—¡No y no!...

Ahora, en aquel instante, sobre su lecho de dolor, seguía siendo la de siempre, la triunfadora, la domadora de los públicos y de los hombres. Los periódicos hablaban de ella, reproduciendo su imagen entre artículos ditirámicos; los pliegos de papel, informantes de su salud, se llenaban de firmas; sus adoradores acudían a todo momento solicitando la limosna de verla, de hablarla, aunque sólo fuera segundos...

Aun triunfaba, aun se imponía despóticamente. ¿A qué bajar del trono? ¿A qué renunciar a su imperio? No; era más hermoso morir en pleno señorío.

No vaciló. Dirigiendo las pupilas al sitio en que dormitaba Sor Claudia, pudo convencerse de que el sueño de ésta era profundo. Estruendosos ronquidos certificaban de él.

Con mano firme, sin temblar, sin que se contrajera un solo músculo de su rostro, sin que el dolor la delatara con un grito, arrancó los taponés y dejó la sangre correr al largo de su cuerpo. Para no manchar con ella sus manos las retiró precipitadamente y las puso en cruz encima del embozo.

Después desplomó la cabeza sobre los almohadones, aguardando la muerte, sin apartar los ojos de las sombras amontonadas contra el muro.

Y la muerte vino paso a paso, amorosa, sin sacudidas bruscas, sin dolor y sin fealdad.

Fué un desfallecimiento dulce, una caricia maternal, que iba adormeciendo el organismo de La Perla. Como en un sueño vió acabarse su vida aquella deliciosa mujer. Como en visión tornaron a pasar ante ella sus grandes victorias, sus éxitos de hembra y de artista. Aquellas victorias representaban su existencia, toda su existencia. Sin ellas, ¿por qué ni para qué vivir?

Y con ellas y por ellas murió, sin darse por vencida, entonando un himno a la juventud y al placer.

.....
Su cuerpo, desprovisto de sangre, era una estatua yacente de alabastro.

FIN

DE INTERÉS PARA TODOS

Llevados de nuestro propósito de dar a la labor cultural la difusión y el impulso que nuestros medios nos permitan, no hemos titubeado hasta ahora en servir cuantos libros se nos han pedido, sin pararnos a pensar que muchos de los que nos pedían libros prometiéndolo pagarlos "al recibirlos", lo hacían con el único objeto de beneficiarse particularmente. Y así hemos estado enviando libros y más libros sin haber recibido previamente su importe, a pesar de tenerlo así anunciado, confiando en que nadie sería capaz de sorprender nuestra buena fe, sabiendo que de la venta de los libros depende la vida de esta publicación.

Pero no todos piensan así ciertamente, por cuanto hay quienes adeudan grandes cantidades de libros, sin que hagan cuenta de pagar un solo céntimo, según se deduce del mutismo que sigue a nuestras cartas reclamando el importe.

El resultado de todo ello es, que adeudamos un montón de pesetas a las casas editoras, y que éstas nos apremian en el pago bajo amenaza de no servirnos un solo libro, además de perseguirnos por vía judicial.

Pueden figurarse los amigos de ESTUDIOS la desesperación que supone para nosotros esta situación a que nos han llevado los morosos, eterna rémora que dificulta y mata todo intento noble.

En tal trance, nos vemos forzosamente obligados a tomar una resolución firme, la cual, aunque resultará injusta para los amigos de buena fe que han cumplido en el pago, esperamos no obstante, que éstos serán los primeros en reconocer que no nos es posible obrar de otro modo, si queremos librar a la Revista y su obra educativa, de una muerte irremediable.

Así, pues, EN LO SUCESIVO NO SERÁ ATENDIDO NINGÚN PEDIDO DE LIBROS SIN HABER RECIBIDO SU IMPORTE. Si no se quiere (o no se puede) anticipar el dinero al hacer el pedido, pueden indicarnos que se haga el envío a Reembolso, y en ese caso, se abonará el dinero al recibir el paquete de manos del cartero. Los gastos de Reembolso (0'50) van a cargo del comprador, en este caso.

En otra parte de este mismo número, detallamos los descuentos con que pueden beneficiarse todos nuestros corresponsales y suscriptores a partir de esta fecha.

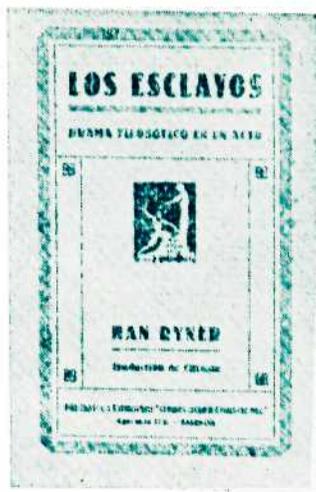
LA REDACCIÓN

Se ha puesto a la venta

Camino de Perfección

Por CARLOS BRANDT

Se trata de un valioso libro, el último escrito por este prestigioso autor, a quien tantas y tan bellas páginas debe el Naturismo, de gran alcance ideológico y de honda penetración filosófica. Un libro que apreciarán en mucho todos los amantes del estudio y del naturismo integral. La parte moral del ideal naturista, la ética individual del hombre, libre de prejuicios sectarios, se estudia y se expone con la fina y singular percepción que caracteriza el estilo de este autor.—Precio, 2 pesetas.—Pedidos a esta Administración.



Almanaque de "Generación Consciente" para 1928.—Son estos almanques hermosos volúmenes de gran valor cultural y científico. Indispensables en la biblioteca de todo hombre estudioso.—Precio, 1 pta.

Los esclavos, por Han Ryner.—Hermoso cuadro dramático filosófico en el que su autor, a quien con merecida justicia se le llama en Francia *el príncipe de los novelistas*, revela sus excepcionales cualidades escénicas.—Precio, 0'50 pesetas.

Los herederos de la gran tragedia, por Sebastián Gomila.—Acertadísima, profética visión de la post-guerra. Obra unánimemente elogiada por la crítica.—Precio, 2 pts.



Estudios sobre el amor, por José Ingenieros.—*Cómo nace el amor.*—*El delito de Besar.*—*La reconquista del derecho de amar.*—Es este un precioso librito en que el genial Ingenieros define como nadie el derecho de amar libre y voluntariamente, sin restricciones ni convencionalismos. La pluma de este gran escritor deleita con la descripción de los sentimientos y los afectos que embargan al corazón humano.—Precio, 0'75 pesetas.

El Alcohol y el Tabaco, por León Tolstoi.—Las horribles y funestas consecuencias de estos dos nefastos y absurdos vicios. Este libro debieran leerlo y recomendarlo todos; es tanto como cooperar a disipar las tinieblas que obscurecen la conciencia del mundo.—Precio, 1 pta.



Libertad sexual de las mujeres, por Julio R. Barcos.—No es un libro procaz y obsceno; al contrario, es un alto exponente de la moral racional y lógica que otorga a la mujer el derecho de decidir su corazón de acuerdo con sus propios impulsos..... 5

Maternología y Duericultura, por Margarita Nelken.—De interés y utilidad indiscutible para todas las mujeres es este trabajo, en el que su ilustre autora expone los peligros de la ignorancia en que se mantiene a la joven destinada a ser madre 0'25

¿Maravilloso el instinto de los insectos?—Interasantísima polémica acerca de las teorías del gran entomólogo J. H. Fabre, en la que intervienen los sabios franceses Han Ryner, Augusto Forel, Andrés Lorulot, y los doctores Herrera, Proschowski y Javorski..... 0'30

La filosofía de Ibsen, por Han Ryner.—Este es un magnífico y muy interesante estudio acerca del teatro ibseniano, en el que Han Ryner pone de relieve la trascendencia filosófica y social del mismo..... 0'25

Almanaque de "Generación Consciente" para 1927 1

Sotir el libre, por Panait Istrati.—Preciosa novelita de este celebrado escritor..... 0'25

Realismo e Idealismo mezclados, por E. Armand.—Otro libro del esforzado periodista y abnegado luchador Armand, en el que manifiesta sus excepcionales dotes narrativas, resumiendo en bellas y geniales páginas su amplia y acertada visión de la vida..... 1'50

La Tisis, (Cómo se evita; cómo se cura), por el Dr. Bjancaj, con ilustraciones 2

La tragedia de la Emancipación femenina, por Emma Goldman.—Se adivina a través de sus páginas, las bellas cualidades de la compañera ideal, inteligente y sencilla, amorosa y maternal, que adornan a su autora. Su trabajo tiene el doble valor de la sencillez en la expresión y de un elevado y recto criterio poco común entre los de su sexo..... 0'20

La Calvicie (Cómo se evita; cómo se cura), por el Dr. W. Koheler.—Recetario general de las más eficaces fórmulas y procedimientos radicales para la conservación del pelo, evitar su caída y producir su renovación 4

Pío Baroja, por Francisco Pina.—Estudio crítico de la obra y la personalidad del genial escritor 3

Plantas que curan y plantas que matan, por el Dr. Pío Arias Carvajal.—Tratado teórico práctico de botánica medicinal para la curación de todas las enfermedades..... 3

COLECCION «LA NOVELA MENSUAL DE GENERACION CONSCIENTE»

Crainquebille, por Anatole France 0'50

La muerte de Oliverio Bécaille, por Emilio Zola 0'50

El Mareo, por Alejandro Kuprin 0'50

Luz de Domingo, por Ramón Pérez de Ayala... 0'50

A toda nota de pedido debe acompañarse su importe, por giro postal. Los envíos se hacen certificados, libres de gastos, inmediatamente de recibido el dinero.



Amenidad. - Interés. - Educación sexual. - Arte. - Conocimientos útiles para la vida privada. - Ética moral y científica. - Colaboración selecta de las más prestigiosas firmas de la intelectualidad mundial.

Precio, UNA peseta.—Pídalos hoy mismo a ESTUDIOS, Apartado 158.—Valencia.



Consultorio Médico de ESTUDIOS

DR. ISAAC PUENTE

MÉDICO

MAESTU (Álava)

Precios de consulta

Completamente gratis a los lectores de ESTUDIOS. Basta la presentación del cupón insertado a continuación. Para las consultas por correspondencia, añádase, además del cupón, el sello para el franqueo de la contestación.

Dr. Roberto Remartínez

MÉDICO FISIATRA

Conde Salvatierra, 19. -- VALENCIA

Ex interno de la Facultad de Madrid
Académico corresponsal de la Academia
de Medicina de Barcelona
Ex médico de la Cruz Roja

Electricidad médica, Diatermia, Fototerapia,
Rayos X, etc.

Consultas (muy reservadas) por correspondencia. Descuentos especiales en consultas y tratamientos a los lectores, enviando el cupón. Pídanlo cuestionario

CONSULTA EN VALENCIA

Calle del Conde de Salvatierra, 19, de 9 a 1

DR. L. ALVAREZ

MÉDICO NATURISTA

Duque de la Victoria, 15, pral.

VALLADOLID

Precios de consulta: Pídan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto se les descontará 5 pesetas en la primera consulta, y 1 peseta en las sucesivas.

Dr. M. Aguado Escribano

MÉDICO FISIATRA

CERRO MURIANO (Córdoba)

Pídan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto, descuento del 50 % en la primera consulta, y el 25 % en las sucesivas.

J. PEDRERO VALLES

MÉDICO HOMEÓPATA

Tintes, núm. 2. - VALLADOLID

Los lectores de ESTUDIOS que acompañen el adjunto cupón serán favorecidos con un descuento del 50 por 100.

Para las consultas por correspondencia, pídanse "Cuestionario de preguntas", adjuntando el franqueo para la contestación.

ESTUDIOS

CUPÓN CONSULTA

Núm. 69. — Mayo 1929

Córtese el adjunto cupón e inclúyase al formular la consulta, para tener opción al descuento especial.